Lucio Cecilio Lactancio

CÓMO MUEREN LOS PERSEGUIDORES

CLÁSICOS DE HISTORIA 536

LUCIO CECILIO LACTANCIO

CÓMO MUEREN LOS PERSEGUIDORES

Traducción al inglés por William Fletcher.
A. Roberts, J. Donaldson y A. C. Coxe (ed.)
The Ante-Nicene Fathers. Volume VII
Buffalo (NY) 1886
Pág. 301-322
https://www.newadvent.org/fathers/0705.htm

Traducción automática revisada

Original latino:
Lucii Cæcilii liber ad Donatum confessorem de mortibus persecutorum
The Latin Library
https://www.thelatinlibrary.com/lactantius/demort.shtml

CLÁSICOS DE HISTORIA 536

ÍNDICE

CÓMO MUEREN LOS PERSEGUIDORES

LUCII CAECILII LIBER
AD DONATUM CONFESSOREM
DE MORTIBUS PERSECUTORUM

CÓMO MUEREN LOS PERSEGUIDORES

I. Introducción

El Señor ha escuchado las súplicas que tú, mi muy amado Donato, derramas en su presencia todo el día, y las del resto de nuestros hermanos, quienes con su testimonio glorioso han obtenido una corona eterna en recompensa de su fe. He aquí que destruidos todos los adversarios y restablecida la paz en todo el orbe, la Iglesia, anteriormente oprimida, se alza de nuevo, y el templo de Dios, derribado por las manos de los malvados, se reconstruye con mayor gloria que antes. Porque Dios ha suscitado príncipes para rescindir los edictos impíos y sanguinarios de los tiranos y proveer al bienestar de la humanidad; de modo que ahora la nube de los tiempos pasados se ha disipado, y la paz y la serenidad alegran todos los corazones. Y después del furioso torbellino y la negra tempestad, los cielos ahora se han calmado, y brilla la ansiada luz. Y ahora Dios, que escucha las plegarias, con su divina ayuda ha levantado del suelo a sus siervos postrados y afligidos, ha puesto fin a las maquinaciones unidas de los malvados, y ha enjugado las lágrimas de los rostros de los que lloraban. Los que insultaron a la Divinidad yacen abatidos; los que derribaron el santo templo han caído en una ruina aún más tremenda; y los verdugos de los justos han derramado sus almas culpables entre plagas infligidas por el Cielo y entre merecidos tormentos. Porque Dios retrasó su castigo, para enseñar a la posteridad con grandes y maravillosos ejemplos que sólo Él es Dios y que ejecuta con justa venganza el juicio sobre los orgullosos, los impíos y los perseguidores.

Del fin que tuvieron aquellos hombres he creído conveniente publicar esta narración, para que todos los que viven lejos y todos los que nazcan de aquí en adelante, puedan saber cómo el Todopoderoso manifestó su poder y soberana grandeza al extirpar y destruir completamente a los enemigos de su nombre. Y esto se hará evidente cuando cuente quiénes fueron los perseguidores de la Iglesia desde el tiempo de su primera constitución, y cuáles fueron los castigos con los que el divino Juez, en su severidad, tomó venganza de ellos.

II. Del nacimiento de Cristo a la persecución de Nerón

En los últimos días del emperador Tiberio, durante el consulado de Ruberius Geminus y Fufius Geminus, y el día diez de las calendas de abril, según lo que encuentro escrito, Jesucristo fue crucificado por los judíos. Después de haber resucitado al tercer día, reunió a sus apóstoles, a quienes el miedo había hecho huir cuando fue capturado; y durante los cuarenta días que estuvo con ellos abrió sus corazones, les interpretó las Escrituras, que hasta entonces habían estado envueltas en la oscuridad, los ordenó y los hizo aptos para la predicación de su palabra y doctrina, y reguló todo lo concerniente a las instituciones del Nuevo Testamento; y una vez realizado esto, una nube y un torbellino lo envolvieron y lo llevaron de la vista de los hombres al cielo.

Sus apóstoles eran en aquel tiempo once en número, a los cuales se añadieron Matías, en lugar del traidor Judas, y después Pablo. Luego se dispersaron por toda la tierra para predicar el Evangelio, como el Señor, su Maestro, les había ordenado; y durante veinticinco años, y hasta el comienzo del reinado del emperador Nerón, se ocuparon de poner los cimientos de la Iglesia en cada provincia y ciudad. Y mientras Nerón reinaba, el apóstol Pedro llegó a Roma y, mediante el

poder de Dios que le había sido confiado, realizó ciertos milagros y, al convertir a muchos a la verdadera religión, construyó un templo fiel y firme para el Señor. Cuando Nerón se enteró de estas cosas y observó que no sólo en Roma, sino en todos los demás lugares, una gran multitud se rebelaba diariamente contra el culto a los ídolos y, condenando sus antiguas costumbres, se pasaba a la nueva religión, él, un tirano execrable y pernicioso, se adelantó para arrasar el templo celestial y destruir la verdadera fe. Él fue quien primero persiguió a los siervos de Dios; crucificó a Pedro y decapitó a Pablo.

Pero no escapó impune, porque Dios miró la aflicción de su pueblo; y por lo tanto, el tirano, privado de autoridad y precipitado desde la cima del imperio, desapareció de repente, e incluso se ignora el lugar de enterramiento de esa malvada bestia salvaje. Esto ha llevado a algunas personas de imaginación extravagante a suponer que, habiendo sido trasladado a una región distante, todavía está vivo; y a él aplican los siguientes versos sibilinos: «El fugitivo que mató a su propia madre vendrá de los confines más alejados de la tierra.» ¡Como si el que fue el primero fuera también el último perseguidor, y así resultara el precursor del Anticristo! Pero no debemos creer a aquellos que, afirmando que los dos profetas Enoc y Elías fueron trasladados a algún lugar remoto para que pudieran acompañar a nuestro Señor cuando venga a juzgar, también imaginan que Nerón aparecerá en el futuro como el precursor del diablo, cuando venga a devastar la tierra y a destruir a la humanidad.

III.
La persecución de Domiciano y la paz posterior

Después de un intervalo de algunos años desde la muerte de Nerón, surgió otro tirano no menos malvado, Domiciano, el cual, aunque su gobierno fue extremadamente malévolo, oprimió durante mucho tiempo a sus súbditos y reinó sin que nada le amenazase, hasta que finalmente extendió sus manos impías contra el Señor. Habiendo sido instigado por demonios malignos para perseguir al pueblo justo, fue entregado al poder de sus enemigos y sufrió el castigo debido. El hecho de ser asesinado en su propio palacio no fue venganza suficiente: incluso el recuerdo de su nombre fue borrado. Porque aunque erigió muchos edificios admirables y reconstruyó el Capitolio y dejó otras señales distinguidas de su magnificencia, el Senado persiguió su nombre de tal modo que no dejó restos de sus estatuas ni de las inscripciones puestas en su honor; e incluso, tras su muerte, se le condenó a infamia perpetua con decretos muy solemnes y severos.

De esta manera, una vez abolidas las órdenes del tirano, la Iglesia no sólo volvió a su estado anterior, sino que brilló con mayor esplendor y se hizo cada vez más floreciente. Y en los tiempos que siguieron, mientras muchos príncipes bien merecedores guiaban el timón del imperio romano, la Iglesia no sufrió asaltos violentos de sus enemigos y extendió sus manos hacia el este y el oeste, de tal manera que ahora no había ningún rincón de la tierra en el que la religión divina no hubiera penetrado, ni ninguna nación de costumbres tan bárbaras que, al convertirse al culto de Dios, no se volviera apacible y gentil.

IV.
Persecución de Decio

Pero esta larga paz se interrumpió más tarde. Decio apareció en el mundo como una maldita bestia salvaje, para afligir a la Iglesia. ¿Y quién sino un hombre malvado perseguiría a la justicia? Parece como si hubiera sido elevado a la eminencia soberana para enfurecerse contra Dios y caer de inmediato; pues, tras haber emprendido una expedición contra los carpos, que se habían apoderado de Dacia y Mesia, fue rodeado de repente por los bárbaros y asesinado, junto con gran parte de su

ejército. No pudo ser honrado con los ritos de la sepultura, sino que, desnudo y despojado, quedó tendido para ser devorado por las fieras y los pájaros, un final apropiado para el enemigo de Dios.

V.
Persecución de Valeriano

Valeriano, poseído por un furor semejante, también levantó sus manos impías para atacar a Dios y, aunque lo hizo durante un breve tiempo, derramó mucha sangre de los justos. Pero Dios lo castigó de una manera nueva y extraordinaria, para que sirviera de ejemplo a las generaciones futuras y supieran que los adversarios del Cielo siempre reciben el pago merecido a sus iniquidades. Habiendo sido hecho prisionero por los persas, perdió no sólo el poder que había ejercido sin moderación, sino también la libertad de la que había privado a otros; y desperdició el resto de sus días en la más vil condición de esclavitud; porque Sapores, el rey de los persas, que lo había hecho prisionero, siempre que quería subir a su carruaje o montar a caballo, ordenaba al romano que se agachara y le presentara la espalda; luego, poniendo su pie sobre los hombros de Valeriano, se burlaba diciendo: «Esto es lo cierto, y no lo que los romanos figuran en lápidas y muros».

Valeriano vivió mucho tiempo bajo los merecidos insultos de su vencedor, de modo que el nombre romano permaneció largos años escarnecido y burlado por los bárbaros. A la severidad de su castigo se sumó también el hecho de que, aunque tuvo un emperador por hijo, no encontró a nadie que vengara su cautiverio y su estado abyecto y servil, ni tampoco se reclamó su regreso. Después, cuando terminó esta vida vergonzosa bajo tan gran deshonra, fue desollado, y su piel, arrancada de la carne, fue teñida con bermellón y colocada en el templo de los dioses de los bárbaros, para que se perpetuara el recuerdo de un triunfo tan señalado y para que este espectáculo pudiera ser exhibido siempre a nuestros embajadores, como una advertencia a los romanos, para que, al contemplar los despojos de su emperador cautivo en un templo persa, no depositaran demasiada confianza en sus propias fuerzas.

Ahora bien, puesto que Dios castigó de tal manera a los sacrílegos, ¿no es extraño que después alguien se haya atrevido a obrar o incluso sólo a pensar algo contra la majestad del único Dios, que gobierna y sostiene todas las cosas?

VI.
Persecución de Aureliano

Aunque Aureliano conocía la suerte que había corrido el emperador cautivo, como era de naturaleza atroz y testaruda, olvidó tanto el pecado como el castigo y, con sus crueles actos, provocó la ira divina. Sin embargo, no se le permitió llevar a cabo lo que había planeado, pues justo cuando comenzaba a dar rienda suelta a su furor, fue asesinado. Sus sangrientos edictos aún no habían llegado a las provincias más lejanas cuando él mismo yacía ensangrentado en el suelo en Cenofrurio, en Tracia, asesinado por sus amigos más cercanos, que habían abrigado sospechas infundadas contra él.

Ejemplos de esta naturaleza y tan numerosos deberían haber disuadido a los tiranos que vinieron después; sin embargo, éstos no sólo no se desanimaron, sino que, en sus fechorías contra Dios, se volvieron más audaces y presuntuosos.

VII.
Diocleciano

Mientras Diocleciano, autor de maldades y creador de miserias, lo arruinaba todo, no podía contener sus insultos, ni siquiera contra Dios. Este hombre, en parte por avaricia y en parte por cortedad, hizo tambalearse al orbe de la tierra. Porque eligió a tres personas para compartir el gobierno con él; y así, habiéndose dividido el imperio, se multiplicaron los ejércitos y cada uno de los cuatro príncipes se esforzó por mantener una fuerza militar mucho más considerable que la que ningún emperador había tenido en tiempos pasados. Empezó a haber un número menor de hombres que pagaran impuestos respecto a los que percibían salarios; de modo que, agotados los recursos de los campesinos por los gravosos impuestos, las granjas fueron abandonadas, las tierras cultivadas se convirtieron en bosques y se llegó a un desánimo general. Además, las provincias se dividieron en porciones minúsculas, y los gobernadores y una multitud de oficiales inferiores pesaban sobre cada territorio y casi sobre cada ciudad. Igual de numerosos eran los intendentes y magistrados del fisco, y vicarios del prefecto. Atendían muy pocas causas civiles, pero en cambio había multas a diario y confiscaciones frecuentes, e impuestos sobre innumerables mercancías, no ya frecuentes sino constantes, y exigidos de un modo intolerable.

Todo lo que se había destinado al mantenimiento de la tropa se hubiera podido soportar, pero Diocleciano, con su avaricia insaciable, nunca permitió que se redujeran las sumas de dinero de su tesoro; constantemente acumulaba ayudas extraordinarias y donaciones gratuitas para que sus recursos permanecieran intactos e inviolados. También, cuando con diversas extorsiones había encarecido excesivamente todas las cosas, intentó mediante una ordenanza limitar los precios. Entonces se derramó mucha sangre por las cosas más insignificantes; la gente tenía miedo de exponer algo a la venta y la escasez se hizo mayor y más dolorosa que nunca antes. Finalmente fue necesario abrogar esta ordenanza que había resultado tan perjudicial para muchos.

A esto se agregó una enorme pasión por las construcciones, lo que provocó enormes exacciones a las provincias para proporcionar salarios a los trabajadores y artesanos, y proporcionar carruajes y todo lo necesario para las obras que se proyectaban. Aquí se levantaba una basílica, allí un circo; acá una casa de moneda, y más allá una fábrica de armas. En un lugar una mansión para su esposa y en otro otra para su hija. Pronto, gran parte de la ciudad fue derribada y todos los hombres se marcharon con sus mujeres e hijos, como si se tratara de una ciudad tomada por los enemigos. Y cuando esos edificios estuvieron terminados, a costa de la destrucción de provincias enteras, decía Diocleciano: «No han quedado bien, que se renueven con otro proyecto.» Y se derribaba o transformaba, quizás para ser demolido más tarde de nuevo. Y su locura le llevó a intentar que Nicomedia igualara en magnificencia a la ciudad de Roma.

No menciono cuántos perecieron por causa de sus posesiones o riquezas, pues tales males eran sumamente frecuentes y, por su frecuencia, parecían casi lícitos. Pues esto era habitual en él: siempre que veía un campo notablemente bien cultivado o una casa de una elegancia poco común, inmediatamente preparaba una falsa acusación y una condena a muerte contra el propietario. De tal modo que parecía que Diocleciano no podía ser culpable de rapiña sin derramar también sangre.

VIII.
Maximiano Hercúleo

¿Cuál era el carácter de su hermano en el imperio, Maximiano, llamado Hercúleo? No muy distinto del de Diocleciano; y, de hecho, para que su amistad fuera tan estrecha y fiel como lo fue, debió haber en ellos una igualdad de inclinaciones y propósitos, una voluntad correspondiente y unanimidad en el juicio. En esto sólo se diferenciaban, en que Diocleciano era más avaro y menos resuelto, y en que Maximiano, con menos avaricia, tenía un espíritu más audaz, inclinado no al bien, sino al mal. Porque mientras poseía Italia, la sede principal del imperio, y mientras otras

provincias muy opulentas, como África e Hispania, estaban cerca, se preocupó poco por conservar aquellos tesoros que amasaba tan oportunamente. Y cuando le faltaban, los senadores más ricos eran acusados de aspirar al imperio, por testigos sobornados, de modo que diariamente se apagaban algunas de las principales luminarias del senado. Y así el tesoro, lleno de sangre, rebosaba con las riquezas injustamente adquiridas.

A todo esto se añade la incontinencia de este miserable pestilente: no sólo en la depravación de los varones, lo cual es odioso y abominable, sino también en la violación de las hijas de los principales hombres del estado; pues dondequiera que iba, las vírgenes eran arrancadas de repente de la presencia de sus padres. En tales enormidades ponía su supremo deleite, y satisfacer al máximo su lujuria y sus deseos degenerados era, a su juicio, la felicidad de su gobierno.

Paso por alto a Constancio, príncipe distinto de los demás, que merecería haber poseído el todo el gobierno del orbe.

IX.
Galerio Maximiano

Pero el otro Maximiano, elegido por Diocleciano como yerno, era peor, no sólo que aquellos dos príncipes que han conocido nuestros tiempos, sino peor que todos los malos príncipes de tiempos pasados. En esta bestia salvaje habitaba una barbarie nativa y un salvajismo extraño a la sangre romana; y no es de extrañar, pues su madre nació al otro lado del Danubio, y fue una incursión de los carpos lo que le obligó a cruzarlo y refugiarse en la Nueva Dacia. El aspecto de Galerio se correspondía con sus modales. De alta estatura y entrado en carnes, hinchado su corpulento cuerpo hasta un grado horrible, por su habla, sus gestos y sus miradas, aterrorizaba a todos los que se acercaban a él. Incluso su suegro le temía mucho por esta causa:

Narsés, rey de los persas, emulando el ejemplo de su abuelo Sapor, reunió un gran ejército y se propuso adueñarse de las provincias orientales del imperio romano. Diocleciano, que se mostraba cobarde y tímido en cualquier situación, y temía que le sucediera lo mismo que a Valeriano, no quiso enfrentarse a Narsés en persona, sino que envió a Galerio por Armenia, mientras él se detenía en las provincias orientales y observaba con ansiedad los acontecimientos. Entre los bárbaros es costumbre llevar todo lo que les pertenece al campo de batalla. Galerio les preparó una emboscada y los derrotó fácilmente, puesto que los persas se vieron obstaculizados por su ingente número y su cuantioso bagaje.

Después de poner en fuga a Narsés regresó con un gran botín, lo que le llenó a él de orgullo y a Diocleciano de temor. Tras esta victoria, llegó a tal extremo de altivez que rechazó el nombre de César; y cuando oyó ese nombre en las cartas que le dirigían, gritó con una mirada severa y una voz terrible: «¿Hasta cuándo seré César?» Entonces comenzó a actuar con extravagancia, hasta el punto de que, como si hubiera sido un segundo Rómulo, quiso hacerse pasar por hijo de Marte y ser llamado hijo de éste; y para aparecer como hijo de una divinidad, quiso que su madre Rómula fuera deshonrada con el nombre de adúltera.

Pero, para no confundir el orden cronológico de los acontecimientos, demoro el relato de sus acciones; porque más tarde, en efecto, cuando Galerio obtuvo el título de emperador al librarse de su suegro, sus escándalos y su arrogancia crecieron sin límites.

Mientras que con su conducta y la de sus compañeros, Diocles —pues así se llamaba Diocleciano antes de llegar al trono— se dedicaban a subvertir el bien público, no hubo mal que sus crímenes no merecieran; sin embargo, reinó con gran prosperidad mientras se abstuvo de manchar sus manos con la sangre de los justos; y qué causa tenía para perseguirlos, lo explicaré ahora.

X.
Primeros ataques a los cristianos.

Diocleciano tenía un carácter temeroso, y por ello deseaba adivinar el futuro; durante su estancia en Oriente comenzó a sacrificar víctimas para obtener de sus hígados un pronóstico de los acontecimientos; y mientras lo hacía, algunos de sus asistentes que eran cristianos y estaban junto a él se santiguaron con el signo inmortal en la frente. Entonces los demonios fueron expulsados y los ritos sagrados se interrumpieron. Los arúspices se asustaron, incapaces de descubrir las marcas habituales en las entrañas de las víctimas. Repitieron una y otra vez los sacrificios, como si los anteriores hubieran sido poco propicios; pero las víctimas seguían sin proporcionar ningún resultado. Finalmente, Tages, el jefe de los arúspices, ya sea por conjeturas o por su propia observación, dijo: «Aquí hay personas profanas que obstaculizan los ritos».

Diocleciano, enfurecido, ordenó que no sólo todos los que asistían a las ceremonias sagradas, sino también todos los que residían en el palacio, sacrificaran y, en caso de que se negaran, fueran azotados. Y además, por cartas a los oficiales comandantes, ordenó que todos los soldados fueran obligados a la misma impiedad, bajo pena de ser despedidos del servicio. Hasta aquí llegó su ira; pero en ese momento no hizo nada más contra la ley y la religión de Dios. Después de un intervalo de algún tiempo, fue a pasar el invierno en Bitinia; y luego Galerio César llegó allí, inflamado de furioso resentimiento, y con el propósito de excitar al inconsiderado anciano para que continuara la persecución que había comenzado contra los cristianos. He sabido que la causa de su furia fue la siguiente.

XI.
Galerio convence a Diocleciano para iniciar la gran persecución.

La madre de Galerio, una mujer sumamente supersticiosa, era devota de los dioses de las montañas. Siendo así, hacía sacrificios casi todos los días y agasajaba a sus sirvientes con la carne ofrecida a los ídolos; pero los cristianos de su familia no participaban de esos entretenimientos; y mientras ella festejaba con los gentiles, ellos cultivaban el ayuno y la oración. Por esta razón concibió mala voluntad contra los cristianos, y con quejas femeninas instigó a su hijo, no menos supersticioso que ella, a destruirlos.

Así, durante todo el invierno, Diocleciano y Galerio celebraron concilios juntos, a los que nadie más asistía; y era opinión general que en sus conferencias se ocupaban de los asuntos más trascendentales del imperio. El anciano se opuso durante mucho tiempo a la furia de Galerio y mostró cuán pernicioso sería provocar disturbios en todo el mundo y derramar tanta sangre, puesto que los cristianos aceptaban la muerte sin miedo; y que le bastaría con excluir a las personas de esa religión de la corte y del ejército. Sin embargo, no pudo contener la locura de ese hombre obstinado, y por ello solicitó la opinión de sus amigos.

Ahora bien, esta era una costumbre propia de Diocleciano, que siempre que se proponía hacer el bien, lo hacía sin consejo alguno, para que las alabanzas recayeran sobre él; pero cuando decidía hacer el mal, en lo que sabía que se le censuraría, convocaba a muchos consejeros, para que su propia falta se les imputara a otros. Por lo tanto, se admitió a algunos magistrados civiles y altos mandos militares para que dieran su consejo; y la cuestión se les planteó en orden a su rango. Algunos, por mala voluntad personal hacia los cristianos, opinaban que debían ser eliminados, como enemigos de los dioses y adversarios de las ceremonias religiosas establecidas. Otros pensaban de otra manera, pero, habiendo comprendido la voluntad de Galerio, ya sea por temor a desagradarle o por deseo de complacerle, coincidieron con la opinión emitida contra los cristianos. Sin embargo, ni siquiera así se pudo convencer al emperador para que diera su asentimiento. Decidió, sobre todo, consultar a sus dioses; y con ese fin envió un arúspice para que preguntara a Apolo en Mileto, cuya respuesta fue la que se podía esperar de un enemigo de la religión divina.

Así Diocleciano trocó su opinión, considerando que no podía discrepar de sus amigos, del César, ni de Apolo. Pero al menos intentó mantener cierta moderación, y que todo se llevara a cabo sin derramamiento de sangre. En cambio Galerio deseaba quemar vivos a todos los que se negaran a sacrificar.

XII.
Comienza la Gran Persecución

Se buscó un día apropiado y de buenos auspicios para el cumplimiento de esta empresa, y se eligió la festividad del dios Término, celebrada a los siete días de las calendas de marzo, con preferencia a todas las demás, para terminar, por así decirlo, la religión cristiana.

Fue aquel el primer día de las muertes,
fue la causa de los males.[1]

El Señor nos habla de los males que se abatieron no sólo sobre los cristianos, sino sobre toda la tierra. Cuando amaneció aquel día, en el octavo consulado de Diocleciano y séptimo de Maximiano, de repente, cuando todavía era apenas de día, el prefecto, junto con los mandos principales, tribunos y oficiales del tesoro, llegaron a la iglesia de Nicomedia, y, habiendo abierto las puertas a la fuerza, buscaron por todas partes una imagen de la Divinidad. Encontraron los libros de las Sagradas Escrituras y los entregaron a las llamas; los utensilios y muebles de la iglesia fueron abandonados al saqueo: todo era rapiña, confusión, tumulto.

Aquella iglesia, situada en un terreno elevado, estaba a la vista del palacio; y Diocleciano y Galerio se detuvieron discutiendo durante mucho tiempo si debía ser incendiada. Prevaleció el sentimiento de Diocleciano, que temía que, una vez encendido un incendio tan grande, se comunicara el fuego a parte de la ciudad, pues había muchos y grandes edificios que rodeaban la iglesia. Entonces los guardias pretorianos entraron en orden de batalla, con hachas y otros instrumentos de hierro, y, habiendo sido utilizados por todas partes, en pocas horas arrasaron aquel altísimo edificio.

XIII.
Edicto de Persecución

Al día siguiente se publicó un edicto que privaba a los cristianos de todos los honores y dignidades; ordenaba también que, sin distinción de rango o grado, fueran sometidos a tormento y que se les admitiera a juicio por cualquier motivo; mientras que, por otra parte, a ellos se les prohibía querellarse por injurias, adulterio o robo; y, finalmente, perdían su libertad y su voz.

Un cristiano se apoderó del edicto y lo rasgó, injustamente, pero con gran ánimo, diciendo con desprecio: «Éstas son sus victorias sobre los godos y los sármatas». Habiendo sido inmediatamente apresado y llevado a juicio, no sólo fue torturado, sino quemado vivo, según las formas de la ley; y habiendo demostrado admirable paciencia ante los sufrimientos, fue consumido hasta las cenizas.

XIV.
Galerio incrementa la persecución

Pero Galerio, no satisfecho con el tenor del edicto, buscó otro modo de ganarse al emperador. Para incitarlo a aumentar la crueldad en la persecución, encargó secretamente a unos emisarios que incendiaran el palacio; y como una parte del mismo ardió, se echó la culpa a los cristianos, que

1 Virgilio, *Eneida*, IV, 169.

fueron considerados enemigos públicos; y el mismo apelativo de cristianos se volvió odioso a causa de ese incendio. Se dijo que los cristianos, de acuerdo con los eunucos, habían conspirado para destruir a los príncipes; y que ambos príncipes casi habían sido quemados vivos en su propio palacio.

Diocleciano, por más que siempre quiso parecer astuto e inteligente, no sospechó nada de la conspiración, e inflamado de ira ordenó inmediatamente que sus propios domésticos fueran sometidos a tortura para obligarles a confesar. Desde su tribuna contempló como hombres inocentes eran atormentados por el fuego. Los magistrados y los funcionarios de palacio imperial fueron comisionados para administrar la tortura. Todos se peleaban entre sí y competían para descubrir cualquier cosa. Sin embargo, no se averiguó nada para explicar lo ocurrido, pues no se aplicó la tortura a ningún sirviente de Galerio. Él mismo estuvo siempre con Diocleciano, presionándole constantemente para que las pasiones del desconsiderado anciano no se calmaran.

Luego, después de un intervalo de quince días, intentó un segundo incendio, pero fue detectado rápidamente y extinguido. Sin embargo, su autor permaneció ignorado. Ese mismo día, Galerio, que en pleno invierno había preparado su partida, salió de repente de la ciudad, protestando que huía para evitar ser quemado vivo.

XV.
Incremento de la persecución

Diocleciano no sólo se enfureció contra sus propios sirvientes, sino contra todos sin distinción, y empezó por obligar a su hija Valeria y a su esposa Prisca a que se mancillasen ofreciendo sacrificios. Los eunucos, que en otro tiempo eran los más poderosos y tenían la máxima influencia en la corte y ante el emperador, fueron asesinados. Los presbíteros y otros ministros de la Iglesia fueron apresados, sin pruebas de testigos ni confesión, condenados y llevados a la muerte junto con sus familias. Al quemarlos vivos, no se hizo distinción de sexo o edad; y debido a su gran multitud, no se los quemó uno tras otro, sino que se rodeó a una manada de ellos con el mismo fuego; y los sirvientes, con piedras de molino atadas al cuello, fueron arrojados al mar. La persecución no fue menos grave para el resto del pueblo de Dios, pues los jueces, dispersos por todos los templos, trataron de obligar a todos a sacrificar. Las cárceles estaban abarrotadas; se inventaron torturas, hasta entonces inauditas. Y para que no se hiciera justicia por descuido a un cristiano, se colocaron altares en los juzgados, junto al tribunal, para que cada litigante pudiera ofrecer incienso antes de que se escuchara su causa. De este modo, se acudía a los jueces como si se fuese ante los dioses.

También se habían enviado cartas a Maximiano Herculio y a Constancio, exigiéndoles su concurso para la ejecución de los edictos, pues en asuntos de tanta importancia nunca se les pidió su opinión. Herculio, una persona de temperamento poco misericordioso, rindió obediencia pronta e hizo cumplir los edictos en todos sus dominios de Italia. Constancio, por otra parte, para que no pareciera que disentía de los mandatos de sus superiores, permitió la demolición de iglesias, que eran simples muros y podían volver a construirse, pero preservó íntegro ese verdadero templo de Dios, que es el cuerpo humano.

XVI.
Padecimientos de Donato

Así quedó afligida toda la tierra, y del Oriente al Occidente, excepto en los territorios de las Galias, tres bestias voraces continuaban haciendo estragos.

No, aunque tuviera cien lenguas en cien bocas
y una férrea voz, no podría
expresar todos los crímenes, nombrar todos los castigos[2]

que los jueces en todas las provincias infligieron a los justos y a los inocentes.

Pero ¿qué necesidad hay de que te repitamos estas cosas, especialmente a ti, mi amado Donato, que fuiste el más expuesto a la tormenta de aquella violenta persecución? Pues cuando caíste en manos del prefecto Flaccinio, reputado homicida, y después en manos de Hierocles, primero vicario y luego gobernador de Bitinia, instigador y consejero de la persecución, y por último en manos de su sucesor Prisciliano, mostraste a la humanidad un modelo de fortaleza invencible. Sometido nueve veces a tormentos y suplicios, nueve veces con el gloriosa testimonio de tu fe derrotaste al adversario; en nueve combates sometiste al diablo y a sus servidores; y con nueve victorias triunfaste sobre este mundo y sus terrores. ¡Qué hermoso fue el espectáculo para Dios, cuando te vio vencedor, unciendo en tu carro no caballos blancos ni enormes elefantes, sino a los mismos hombres que habían llevado cautivas a las naciones!

¡Así es como se triunfa sobre los señores de la tierra! Con tu valor los vencisteis al desafiar sus edictos nefandos y, con tu fe firme y la fortaleza de tu alma, derrotastes todos los vanos terrores de la autoridad tiránica. Ni los azotes, ni las garras de hierro, ni el fuego, ni la espada, ni diversas clases de torturas, sirvieron contra vosotros; y ninguna violencia pudo privaros de vuestra fidelidad y perseverante resolución. Esto es ser discípulo de Dios, y esto es ser soldado de Cristo; un soldado al que ningún enemigo puede desalojar ni lobo arrebatar del campamento celestial; ningún artificio puede atrapar, ningún dolor del cuerpo puede someter, ni tormentos pueden derribar.

Por fin, después de aquellos nueve gloriosos combates, en los que el diablo fue vencido por ti, no se atrevió a entrar de nuevo en la palestra con aquel a quien, por repetidas pruebas, había encontrado invencible; y se abstuvo de desafiarte más, para que no te apoderaras de la guirnalda de la victoria que ya se te había ofrecido; guirnalda inmarcesible, que, aunque todavía no la hayas recibido, está guardada en el reino del Señor por tu virtud y tus méritos. Pero volvamos ahora al curso de nuestra narración.

XVII.
Diocleciano viaja a Roma y regresa enfermo

Tras cometer estos crímenes, el ya infeliz Diocleciano marchó inmediatamente a Roma para celebrar allí el comienzo de su vigésimo año de reinado. La solemnidad se celebró el día doce de las calendas de diciembre y, de repente, el emperador, incapaz de soportar la libertad de palabra romana, abandonó la ciudad con impaciencia e irritación. Se acercaban las calendas de enero, día en que se le iba a ofrecer el consulado por novena vez; sin embargo, en lugar de permanecer trece días más en Roma, decidió que su primera aparición como cónsul fuera en Rávena. Sin embargo, como había iniciado su viaje en invierno, en medio de un intenso frío y de incesantes lluvias, contrajo una enfermedad leve pero persistente que le afectó ininterrumpidamente, de modo que tuvo que ser transportado la mayor parte del tiempo en una litera. Luego, a finales del verano, hizo un recorrido a lo largo de las orillas del Danubio y regresó a Nicomedia. Su enfermedad se había vuelto más grave y opresiva, pero mandó que lo llevaran para la inauguración del circo que había erigido al final del vigésimo año de su reinado. Inmediatamente tuvo una recaída y quedó tan débil que se elevaron oraciones a todos los dioses por su vida.

Finalmente, en los idus de diciembre, el palacio se sumió en la tristeza, el llanto y las lamentaciones, y los cortesanos se apresuraban de un lado a otro; cayó el silencio sobre toda la ciudad, y se corrió la noticia de que Dioclecianola había muerto, y ya lo habían enterrado; pero a primera hora del día siguiente corrió la noticia de que aún vivía. Ante esto, el semblante de sus

2 Virgilio, *Eneida*, VI, 625-627.

domésticos y cortesanos pasó de melancólico a alegre. Sin embargo, hubo quienes sospechaban que se quería mantener en secreto su muerte hasta la llegada de Galerio César, por temor a que mientras tanto los soldados intentaran algún cambio en el gobierno. Y esta sospecha se hizo tan universal que nadie creía que el emperador viviera, hasta que en las calendas de marzo apareció en público, pero tan pálido, pues su enfermedad había durado casi un año, que casi no se le reconoció. Desde los idus de diciembre se había sumido en un sopor parecido a la muerte, y aunque en cierta medida se recuperó, nunca tuvo ya una salud completa, pues alternaba estados de locura con otros de sano juicio.

XVIII.
Abdicación de Diocleciano y elección de nuevos Césares

A los pocos días llegó Galerio César, no para felicitar a su suegro por el restablecimiento de su salud, sino para obligarle a renunciar al imperio. Ya había instado a Maximiano Herculio a que hiciera lo mismo, y con la amenaza de las guerras civiles había asustado al anciano para que le obedeciera.

Ahora atacó a Diocleciano. Al principio, en términos amables y amistosos, le dijo que la edad y las crecientes enfermedades le incapacitaban para las tareas de gobierno, y que necesitaba darse un respiro después de tantos trabajos. Galerio, para confirmar su argumento, citó como ejemplo a Nerva, que entregó el imperio a Trajano.

Diocleciano le respondió que no era conveniente que alguien que había tenido un rango eminente y conspicuo sobre todos los demás cayera en la oscuridad de una posición baja; y tampoco era seguro, porque en el curso de un reinado tan largo inevitablemente se había ganado muchos enemigos. El caso de Nerva era muy diferente: él, después de haber reinado un solo año, se sintió, ya sea por la edad o por la inexperiencia en los negocios, incapaz de asuntos tan importantes, y por eso dejó a un lado el timón del gobierno y regresó a la vida privada en la que ya había envejecido. Pero Diocleciano añadió que si Galerio deseaba el título de emperador, no había nada que impidiera que se le concediera a él y a Constancio, así como a Maximiano Herculio.

Galerio, que ya confiaba en poseer todo el imperio, vio que de esta propuesta sólo le concedía un título sin poder, y por eso le respondió que el sistema establecido por el propio Diocleciano debía ser inviolable; un sistema que preveía que dos de rango superior tendrían el poder supremo y otros dos de rango inferior les ayudarían. Fácilmente se podría mantener la concordia entre dos iguales, nunca entre cuatro; que si Diocleciano no quería dimitir, él debía considerar sus propios intereses para no permanecer más en un rango inferior y ser el último de ese rango; que desde hacía quince años había estado confinado, como un exiliado, en Iliria y en las orillas del Danubio, luchando continuamente contra naciones bárbaras, mientras otros, a su gusto, gobernaban dominios más extensos que el suyo y más civilizados.

Diocleciano ya sabía, por cartas de Maximiano Herculio, todo lo que Galerio le había manifestado en esta reunión, y no ignoraba que además estaba aumentando su ejército. Ahora, al oír su discurso, el enfermizo anciano estalló en lágrimas y dijo: «Hágase como deseas.»

Faltaba elegir a los Césares por consenso entre todos.

—Pero —dijo Galerio—, ¿para qué pedir consejo a Maximiano y a Constancio, si necesariamente tendrán que aceptar lo que hagamos?

—Ciertamente lo harán —respondió Diocleciano—, porque debemos elegir a sus hijos.

Maximiano Herculio tenía un hijo, Majencio, casado con la hija de Galerio, hombre de temperamento malvado y malicioso, tan orgulloso y testarudo que nunca quiso rendir el homenaje debido ni a su padre ni a su suegro, y por eso era odiado por ambos. Constancio también tenía un hijo, Constantino, un joven de gran valor y muy merecedor del alto cargo de César. La distinguida

belleza de su figura, su estricta atención a todos los deberes militares, su comportamiento virtuoso y su singular afabilidad lo habían hecho querido por las tropas y lo habían convertido en el elegido de todos. Estaba entonces en la corte, pues Diocleciano le había nombrado mucho antes tribuno de primer orden.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Galerio—. Porque Majencio no merece el cargo. Si siendo todavía un particular me ha tratado con desprecio, ¿cómo se comportará cuando obtenga el poder?

—Pero Constantino es muy estimado, y gobernará de tal modo que todos considerarán que supera las excelsas virtudes de su padre —contestó Diocleciano.

—Así sería si ignoráramos mis deseos y mi juicio —dijo Galerio—. Debemos nombrar a aquellos que siempre dependan de mí, que me teman y nunca hagan nada a menos que lo ordene yo.

—¿A quién nombraremos entonces?

—A Severo.

—¿Cómo? ¡A ese bailarín, a ese borracho habitual, que convierte la noche en día y el día en noche!

—Merece el cargo, porque se ha mostrado como un fiel pagador y proveedor del ejército; y, de hecho, ya lo he enviado a recibir la púrpura de manos de Maximiano.

—Bien, consiento; pero ¿a quién más sugieres?

—A él —dijo Galerio, señalando a Daya, un joven medio bárbaro.

Galerio había cambiado recientemente de nombre a ese joven y lo había llamado Maximiano, de la misma manera que Diocleciano anteriormente había hecho con Galerio a causa de un presagio, porque Maximiano Herculio le había servido con inquebrantable fidelidad.

—¿Quién es ese que presentas?

—Un pariente mío.

—¡Ay! —dijo Diocleciano, lanzando un profundo suspiro—. ¡No propones hombres capacitados para que se hagan cargo de los asuntos públicos!

—Ya los he probado.

—Tú veras lo que haces, ya que estás a punto de asumir el imperio. En cuanto a mí, mientras fui emperador trabajé mucho y diligentemente para asegurar el bien común. Si ahora sobreviene alguna catástrofe, la culpa no será mía.

XIX.
Maximino Daya es proclamado César

Una vez concluido todo esto, Diocleciano y Galerio se dispusieron a publicar el nombramiento de los césares en las calendas de mayo. Todos observaban a Constantino, pues no se dudaba de que la elección recaería en él. Las tropas presentes, así como los oficiales de las otras legiones, que habían sido convocados a la solemnidad, estaban pendientes de él, y estaban exultantes con la esperanza de su próxima elección y hacían votos por Constantino.

A unas tres millas de Nicomedia hay una eminencia, en cuya cima Galerio había recibido tiempo atrás la púrpura; y allí se había erigido una columna con la estatua de Júpiter. Convocada una asamblea de los soldados, allí se dirigió el cortejo. Diocleciano les arengó, con lágrimas en los ojos, y manifestó que estaba enfermo, que necesitaba reposo después de sus fatigas y que entregaría el imperio en manos más vigorosas y capaces, y al mismo tiempo nombraría nuevos césares. Los espectadores aguardaban con gran expectación. De pronto, declaró que los Césares eran Severo y Maximino. El asombro fue general. Constantino estaba cerca, a la vista del público, y la gente empezó a preguntarse entre sí si su nombre también habría sido cambiado por Maximino.

Entonces, ante todos, Galerio extendió la mano, apartó a Constantino, y llevó a Daya hacia adelante y, habiéndole despojado de su vestimenta de persona privada, lo colocó en el lugar preferente. Todos se preguntaban quién podría ser y de dónde venía, pero nadie se atrevió a interponer o presentar objeciones, tan confusos estaban sus mentes ante el extraño e inesperado acontecimiento. Diocleciano se quitó la túnica púrpura, se la puso a Daya y recuperó su nombre original, Diocles. Bajó del tribunal y atravesó Nicomedia en un carruaje; y luego este viejo emperador, como cualquier soldado veterano liberado del servicio militar, se dirigió a su país natal.

Daya, por el contrario, no hacía mucho al cuidado de los animales y de los bosques, luego soldado raso, después miembro de la guardia personal, más tarde tribuno, y finalmente César, obtuvo autoridad para pisotear y oprimir el imperio de Oriente; una persona ignorante tanto de la guerra como de los asuntos civiles, que de pastor de ganados se había convertido en pastor de ejércitos.

XX.
Proyectos de Galerio

Galerio, después de haber eliminar a los dos ancianos, empezó a considerarse a sí mismo como único soberano del imperio romano. La necesidad había exigido el nombramiento de Constancio como primer Augusto, pero Galerio no le daba demasiada importancia a un hombre de temperamento fácil y de salud precaria y en decadencia. Esperaba la pronta muerte de Constancio. Y aunque el príncipe se recuperase, no parecía difícil obligarle a quitarse la púrpura imperial, pues ¿qué otra cosa podía hacer si sus tres colegas le presionaban para que abdicase? Galerio tenía siempre a Licinio cerca, su antiguo e íntimo amigo y su primer compañero de armas, cuyos consejos utilizaba en la gestión de todos los asuntos; sin embargo, no quiso nombrar a Licinio para la dignidad de César, con el título de hijo, porque se proponía nombrarlo, en lugar de Constancio, para la dignidad de emperador, con el título de hermano, mientras él mismo podía tener autoridad soberana y gobernar todo el globo con un poder ilimitado. Y tras las futuras fiesta vicennales, pensaba conferir a su hijo Candidiano, que entonces tenía nueve años, el cargo de César y, finalmente dimitir, como había hecho Diocleciano.

Y así, siendo emperadores Licinio y Severo, y Maximino y Candidiano en la siguiente posición de los Césares, se imaginó que, rodeado por una muralla inexpugnable, viviría una vejez segura y pacífica. Tales eran sus proyectos; pero Dios, a quien había hecho su adversario, frustró todas esos planes.

XXI.
Crueldad de Galerio

Habiendo llegado así al poder supremo, se propuso afligir a todo el orbe del que se había apoderado. Es costumbre y práctica de los persas que el pueblo se entregue a sus reyes como esclavos, y que los reyes traten a su pueblo como tales. Este hombre infame, desde la época de sus victorias sobre los persas, no se avergonzaba de ensalzar incesantemente tal costumbre, y decidió establecerla en los dominios romanos; y como no podía hacerlo mediante una ley expresa, obró de tal modo que, a imitación de los reyes persas, privó a los hombres de sus libertades.

Antes que nada, degradó a aquellos a quienes se proponía castigar; y luego no sólo sometió a torturas a los magistrados inferiores, sino también a los jefes de las ciudades y a las personas del rango más eminente, y esto también en asuntos de poca importancia y en cuestiones civiles. La crucifixión era el castigo ya establecido en los casos capitales; y para los delitos menores, los grilletes. Matronas de posición honorable eran condenadas a trabajos forzados en los talleres

estatales. Cuando alguien iba a ser azotado, se le ataba a cuatro postes hincados en el suelo, lo que anteriormente no se hacía ni siquiera en el castigo de los esclavos.

¿Qué diré de su pasión por los espectáculos de combates? Tenía osos, que se parecían mucho a él en fiereza y tamaño, que había reunido durante el curso de su gobierno. Cada vez que quería complacerse con su humor, ordenaba que trajeran un oso en particular, y arrojaba hombres a ese animal salvaje, para que los devorara en lugar de matarlos simplemente; y cuando sus miembros eran despedazados, se reía con gran satisfacción; y nunca cenaba sin contemplar la efusión de sangre humana.

Los hombres humildes eran condenados a ser quemados vivos; y él inició este modo de ejecución mediante edictos contra los cristianos, ordenando que, después de la tortura y la condena, fueran quemados a fuego lento. Los clavaban en una estaca y les aplicaban primero una llama moderada en las plantas de los pies hasta que la carne, contraída por el ardor, se desprendiera de los huesos; luego, con antorchas que encendían y apagaban, quemaban uno a uno todos los miembros del cuerpo, de modo que nada quedara exento. Mientras tanto les vertían agua fría en la cara y les humedecían la boca, para que no murieran al secársele la garganta.

Fallecían solamente tras muchas horas, cuando el ardor violento les había consumido la piel y les había penetrado hasta los intestinos. Los cadáveres eran colocados en una pira funeraria y quemados por completo; sus huesos se recogían, se molían hasta convertirlos en polvo y se arrojaban al río o al mar.

XXII.
El mal gobierno de Galerio

Acostumbrado a los suplicios que había usado contra los cristianos, ahora los aplicó contra todos los hombres sin distinción. No desdeñaba ninguna pena, como el destierro a una isla, la prisión o los trabajos forzados en las minas; pero la hoguera, la cruz y las fieras eran aplicadas a diario y sin vacilación. Por las menores ofensas, los de su propia casa y los funcionarios eran alanceados, en lugar de castigarlos con varas. El hecho de ser decapitado con espada era un beneficio que se otorgaba a muy pocos, y sólo en recompensa a antiguos servicios: así se le concedía morir de un modo más benigno.

Pero estos eran males menores en el gobierno de Galerio, en comparación con lo que ocurrió después. Porque la elocuencia fue extinguida, los abogados eliminados y los eruditos en las leyes exiliados o asesinados. Las letras útiles llegaron a ser consideradas de la misma manera que las artes mágicas y prohibidas; y todos los que las poseían eran pisoteados y execrados, como si fueran hostiles al gobierno y enemigos públicos. La ley fue abolida y se permitió una licencia ilimitada a los jueces, que eran elegidos entre los soldados, hombres rudos e iletrados, y enviados a las provincias, sin asesores que los guiaran o controlaran.

XXIII.
Tributos exorbitantes

Pero lo que supuso una calamidad pública y un duelo general fueron los impuestos que se impusieron a cada provincia y ciudad con el nuevo censo. Los agrimensores, que se habían dispersado por todo el imperio y realizado un examen general y severo, dieron lugar a escenas comparables con los ultrajes de unos enemigos victoriosos que dejan en un estado miserable a los cautivos. Cada parcela de tierra fue medida, las viñas y los árboles frutales controlados, se hicieron listas de animales de todas clases y se elaboró un censo. En las ciudades, la gente común, ya residiera dentro o fuera de las murallas, llenaron las plazas multitud de familias, con sus hijos y esclavos. Resonó el ruido de los azotes, se colgaba a los hijos en el potro para obligarles a descubrir

los bienes de sus padres, los esclavos más fieles impelidos por el dolor a testificar contra sus amos, y las esposas contra sus maridos. A falta de cualquier otra prueba, se torturaba a los hombres para que se denunciaran a sí mismos. Y cuando el sufrimiento les hacía reconocer lo que no tenían, esos efectos imaginarios eran anotados en el registro.

Ni la juventud, ni la vejez, ni la enfermedad, merecieron exención alguna. Se llevó a los enfermos y a los débiles; se calculó la edad de cada uno; y, para poder aumentar el impuesto de capitación, se añadieron años a los jóvenes y se quitaron a los viejos. Lamentaciones y duelos se oían por todas partes. Todo lo que, según las leyes de la guerra, los conquistadores hacían a los conquistados, este hombre se atrevió a perpetrarlo contra los romanos y los súbditos de Roma, a causa de que a sus antepasados se les había impuesto similar tributo por el victorioso Trajano, como castigo a los dacios por sus frecuentes rebeliones. En consecuencia, hubo que pagar por cada cabeza, como quien paga por su vida. Además, se desconfiaba de los mismos agrimensores, por lo que se enviaron otros y otros más; y así se duplicaron los tributos, no porque descubrieran nuevas propiedades, sino porque no pareciera que les habían enviado en vano.

Mientras tanto, el número de animales disminuyó y los hombres murieron; sin embargo, se pagaban impuestos incluso por los muertos: el vivir y el morir estaban por igual sujetos a imposiciones. Sólo quedaban mendigos, a quienes no se les podía exigir nada y a quienes su miseria les libraba de los malos tratos. Pero este piadoso hombre se compadeció de ellos y, para que no permanecieran más en la indigencia, los reunió, los embarcó, y hundió los barcos en el mar. ¡Fue tan misericordioso que hizo que bajo su administración no hubiera pobres! Y así, mientras tomaba medidas eficaces para que nadie, bajo el pretexto de la pobreza, eludiera el pago de impuestos, dio muerte a una multitud de verdaderos miserables, violando todas las leyes de humanidad.

XXIV.
Huida de Constantino y su proclamación

El juicio de Dios se acercaba a Galerio y llegó la época en la que su fortuna empezó a declinar. Ocupado en los asuntos que he descrito anteriormente, no pudo intentar la eliminación de Constancio, por lo que esperó su muerte, sin imaginar que se produciría muy pronto. Constancio, que había enfermado gravemente, escribió a Galerio y le pidió que enviara a su hijo Constantino a su lado. Había hecho en vano una petición similar mucho antes, porque Galerio no tenía intención que concederla. Por el contrario, intentó repetidas veces acabar con la vida de ese joven, aunque no abiertamente por temor a provocar la guerra civil y ganarse lo que más temía, el odio y el resentimiento del ejército. Con el pretexto de un ejercicio y una recreación varonil, lo hizo combatir con fieras. Pero este plan se frustró: el poder de Dios protegió a Constantino y, en el momento de mayor peligro, lo rescató de las manos de Galerio.

Finalmente, Galerio, cuando ya no pudo evitar cumplir con la petición de Constancio, una noche dio a Constantino una orden de marcha para partir a la mañana siguiente con los despachos imperiales. Galerio quería encontrar algún pretexto para detener a Constantino o dar órdenes a Severo para que lo arrestara en el camino. Constantino percibió su propósito y, por lo tanto, tras la cena, cuando el emperador se retiró a descansar, se apresuró a marchar, y tomando en las postas oficiales todos los caballos de relevo, logró escapar.

Al día siguiente, el emperador, habiendo permanecido a propósito en el lecho hasta el mediodía, lo hizo llamar a su presencia. Y entonces se enteró de que Constantino había partido inmediatamente después de la cena. Indignado y furioso, ordenó que se prepararan los caballos para perseguir a Constantino y traerlo de regreso. Pero al oír que se había llevado todos los caballos, apenas pudo contener las lágrimas.

Mientras tanto, Constantino, viajando con increíble rapidez, llegó hasta donde estaba su padre, a punto de expirar. Constancio encomendó a su hijo a los soldados, entregó la autoridad

soberana en sus manos y luego murió, como había deseado durante mucho tiempo, en su propio lecho. El primer cuidado de Constantino Augusto, al asumir el gobierno, fue devolver a los cristianos el ejercicio de su culto y su Dios; y así comenzó su administración restableciendo la santa religión.

XXV.
Galerio ha de reconocer a Constantino

Pocos días después, el retrato de Constantino coronado con laureles, fue llevado a la perniciosa fiera, para que, al recibir esa imagen, reconociera a Constantino como emperador. Dudó mucho tiempo si aceptarlo o no, y estuvo a punto de entregar tanto el retrato como a su portador a las llamas, pero sus confidentes lo disuadieron de esta resolución. Si Constantino llegaba con un ejército, se correría el riesgo de que los soldados, contra cuya voluntad se habían creado césares oscuros o desconocidos, lo reconociesen y se apiñasen ansiosamente bajo su estandarte. Así que Galerio, aunque con la mayor renuencia, aceptó el retrato y envió la púrpura imperial a Constantino, para que pareciera que por su propia voluntad había recibido a ese príncipe como socio del poder con él. Y ahora sus planes se trastornaron y no podía, como había pretendido anteriormente, admitir a Licinio, sin exceder el número limitado de emperadores. Pero decidió que Severo, que era el de mayor edad, debería ser nombrado Augusto, y que Constantino, en lugar del título de emperador, con el que había sido nombrado, debería recibir el de César, en común con Maximino Daya, y así ser degradado del segundo lugar al cuarto.

XXVI.
Proclamación de Majencio y muerte de Severo

Las cosas parecían estar arregladas en cierta medida a satisfacción de Galerio, cuando se produjo otra alarma: su yerno Majencio había sido declarado emperador en Roma. La causa fue ésta: Galerio, habiendo resuelto devorar el imperio mediante impuestos permanentes, se lanzó a tal extravagancia en su locura que no permitió una exención de esa servidumbre ni siquiera al pueblo romano. Por lo tanto, se designaron recaudadores de impuestos para que fueran a Roma y confeccionaran listas de los ciudadanos. Por el mismo tiempo, Galerio había reducido al mínimo la Guardia Pretoriana. Quedaban en Roma algunos soldados de ese cuerpo, que, aprovechando la oportunidad, ejecutaron a algunos magistrados y, con la aquiescencia del tumultuoso populacho, revistieron a Majencio con la púrpura imperial.

Galerio, al recibir esta noticia, se sintió perturbado pero no demasiado preocupado. Odiaba a Majencio y no podía concederle la dignidad de César que ya disfrutaban dos (Daya y Constantino); además, le parecía suficiente que anteriormente ya le hubiera otorgado esa dignidad contra su deseo. Así que mandó llamar a Severo, lo exhortó a recuperar su dominio y soberanía, y puso bajo su mando el ejército que Maximiano Herculio había dirigido anteriormente, para que atacase a Majencio en Roma. Los soldados de Maximiano, acostumbrados a todo tipo de comodidades lujosas, estaban interesados no sólo en tomar la ciudad, sino también en fijar en ella su residencia.

Majencio conocía bien la gravedad de su intento y, aunque tenía un cierto derecho hereditario sobre el ejército de su padre y podía confiar en atraerlo hacia sí, pensó que esta reflexión también podría ocurrírsele a Galerio, e inducirle a dejar a Severo en Iliria y marchar en persona con su propio ejército contra Roma. Bajo tales aprensiones, Majencio trató de protegerse del peligro que se cernía sobre él. A su padre, que desde su abdicación residía en Campania, le envió la púrpura y lo saludó de nuevo Augusto. Maximiano, dado a los cambios, recuperó ansiosamente la púrpura de la que se había despojado a regañadientes. Mientras tanto, Severo continuó su marcha y con sus tropas

se acercó a las murallas de la ciudad. Pronto los soldados levantaron sus insignias, abandonaron a Severo y se rindieron a Majencio, contra quien habían venido.

¿Qué podía hacer Severo, así abandonado, sino huir? Maximiano, que había recuperado la dignidad imperial, se le acercaba. Entonces se refugió en Rávena y se encerró allí con algunos soldados. Pero, al darse cuenta de que estaba a punto de ser entregado a Maximiano, acudió él mismo voluntariamente, y devolvió la púrpura a aquel de quien la había recibido. Después de esto, no obtuvo otra gracia que la de una muerte tranquila, pues se vio obligado a abrirse las venas y expiró de esa manera tan plácida.

XXVII.
Galerio invade Italia y fracasa

Maximiano Hercúleo, que conocía el temperamento violento de Galerio, pensó que al enterarse de la muerte de Severo, marcharía a Italia y que tal vez se le uniría Daya, y así traería al campo de batalla fuerzas demasiado poderosas para resistirlas. Por lo tanto, después de fortificar Roma y prepararse diligentemente para una guerra defensiva, Maximiano se dirigió a la Galia para poder casar a su hija menor Fausta con Constantino y así ganarse a ese príncipe para sus intereses.

Mientras tanto, Galerio reunió sus tropas, invadió Italia y avanzó hacia Roma, resuelto a extinguir el senado y pasar a todo el pueblo a espada. Pero encontró todo cerrado y fortificado contra él. No había esperanza de tomar la plaza por asalto y sitiarla era una empresa ardua, porque Galerio no había traído consigo un ejército suficiente para rodear todas las murallas. Probablemente, como nunca había visto Roma, imaginó que sería poco superior en tamaño a las ciudades que conocía. Pero algunas de sus legiones, detestando la perversa empresa de un padre contra su yerno y de los romanos contra Roma, rechazaron su autoridad y entregaron sus insignias al enemigo. Ya habían comenzado a vacilar los soldados que le quedaban, cuando Galerio, temiendo un destino como el de Severo y con su espíritu altivo quebrantado y humillado, se arrojó a los pies de sus soldados y continuó suplicándoles que no se entregara al enemigo, hasta que, con la promesa de grandes dádivas, los convenció. Entonces se retiró de Roma y huyó en gran desorden.

Fácilmente podría haber sido capturado en su huida si alguien lo hubiera perseguido, aunque fuera con un pequeño cuerpo de tropas. Era consciente del peligro y permitió que sus soldados se dispersaran y saquearan y destruyeran por todas partes, para que, si había perseguidores, se vieran privados de todos los medios de subsistencia en un país arruinado. Así, las regiones de Italia por las que corría aquella pestilente banda fueron devastadas, saqueadas por completo, las matronas forzadas, las vírgenes violadas, los padres y maridos torturado para que revelasenr dónde habían escondido sus bienes, sus esposas y sus hijas; el ganado y los animales de carga fueron tomados como botín como si estuviesen en países bárbaros.

Y así, el que antes fue emperador romano, pero ahora devastador de Italia, se retiró a sus propios territorios, después de haber afligido a todos los hombres indiscriminadamente con las calamidades de la guerra. Y es que mucho antes, cuando obtuvo el poder soberano, se declaró enemigo del nombre romano y propuso que el imperio no se llamase imperio romano, sino imperio dacio.

XXVIII.
Enfrentamiento entre Maximiano Hercúleo y su hijo Majencio

Después de la huida de Galerio, Maximiano, que había regresado de la Galia, compartía el poder con su hijo Majencio, pero el joven tenía más autoridad que el viejo, pues gozaba del poder desde hacía más tiempo; y además Maximiano le debía a él, en esta ocasión, la dignidad imperial. El anciano se impacientó al no poder ejercer una soberanía sin control y envidiaba a su hijo con un

espíritu infantil de rivalidad; por eso comenzó a pensar cómo podría expulsar a Majencio y recuperar su antiguo dominio. Esto parecía fácil, porque los soldados que desertaron de Severo habían servido originalmente en su propio ejército. Convocó una asamblea del pueblo de Roma y de los soldados, como si fuera a hacer una arenga sobre la calamitosa situación de los asuntos públicos. Después de haber hablado mucho sobre este tema, extendió las manos hacia su hijo, lo acusó de ser el autor de todos los males y la causa principal de las calamidades del estado, y luego le arrancó la púrpura de los hombros. Majencio, así despojado, saltó del tribunal y fue acogido por los soldados. Su furia y su clamor confundieron al impío anciano y, como otro Tarquino el Soberbio, fue expulsado de Roma.

XXIX.
Tramas de Maximiano Hercúleo contra Galerio y Constantino

Maximiano regresó entonces a la Galia, y después de haber permanecido algún tiempo en aquellos lugares, fue a ver a Galerio, enemigo de su hijo, para conferenciar juntos, como él pretendía, sobre el arreglo del bien común; pero su verdadero propósito era, bajo el pretexto de la reconciliación, encontrar una oportunidad para asesinar a Galerio y apoderarse de su parte del imperio, en lugar de la suya, de la que había sido excluido en todas partes. Diocles se encontraba en la corte de Galerio cuando llegó Maximiano, pues Galerio, que quería investir a Licinio con las insignias del poder supremo en lugar de Severo, había enviado recientemente a llamar a Diocles para que estuviera presente en la solemnidad. Así que se celebró en presencia de él y de Maximiano, y así hubo seis que gobernaron el imperio al mismo tiempo.

Maximiano, frustrados sus planes, huyó, como ya había hecho dos veces antes, y regresó a la Galia con el corazón lleno de maldad y con la intención de engañar por medio de traicioneras artimañas a Constantino, que no sólo era su propio yerno, sino también el hijo de su yerno; y para poder engañarlo con más éxito, dejó de lado la púrpura imperial. Por entonces los francos habían tomado las armas. Maximiano aconsejó al desprevenido Constantino que no condujera todas sus tropas contra ellos, y afirmó que unos pocos soldados serían suficientes para someter a aquellos bárbaros. Dio este consejo para que permaneciese en sus cuarteles un ejército del que se apropiaría, y para que Constantino, debido a sus escasas fuerzas, fuera vencido. Al joven príncipe le pareció un consejo sensato, de un comandante anciano y experimentado, que además era su suegro, y le hizo caso. Partió, dejando atrás la mayor parte de sus fuerzas.

Maximiano esperó unos días, hasta que Constantino, según sus cálculos, habría entrado en territorio bárbaro, y entonces recuperó la púrpura imperial, se apoderó de los tesoros públicos, y después de hacer abundantes donaciones a la soldadesca, atribuyó fingidamente a Constantino todo tipo de males. Constantino fue informado inmediatamente de estos acontecimientos y, a marchas sorprendentemente rápidas, regresó con su ejército. Maximiano, que aún no estaba preparado para oponérsele, fue dominado por sorpresa y los soldados le abandonaron. Maximiano había huido a Marsella y allí cerró las puertas. Constantino se aproximó y, al ver a Maximiano en las murallas, le habló con un lenguaje ni áspero ni hostil, y le preguntó por su propósito y por la razón de unos actos tan impropios de él. Pero Maximiano, desde lo alto, profería incesantemente insultos y maldiciones contra Constantino. De repente, las puertas del lado opuesto se abrieron y los sitiadores entraron en la ciudad. El emperador rebelde, padre deshonesto y suegro pérfido, fue llevado a la presencia de Constantino, escuchó un relato de sus crímenes, fue despojado de su túnica imperial y, después de esta reprimenda, se le perdonó la vida.

XXX.
Últimos planes de Maximiano y su muerte

Maximiano, que había perdido la dignidad debida a un emperador y suegro, se impacientó por su condición degradada y, envalentonado por la impunidad, urdió nuevos planes contra Constantino. Se dirigió a su hija Fausta y, tanto con súplicas como con halagos, la instó a traicionar a su marido. Le prometió obtener para ella un matrimonio más honroso que el de Constantino y le pidió que dejara abierto el dormitorio del emperador y con poca vigilancia. Fausta se comprometió a hacer lo que le pedía, pero inmediatamente lo reveló todo a su marido.

Se trazó un plan para sorprender a Maximiano en la ejecución misma de su crimen. Un vil eunuco suplantó al emperador para que fuera asesinado en su lugar. Al caer la noche, Maximiano se levantó y vio que todo favorecía su insidioso propósito. Había pocos soldados de guardia y estaban a cierta distancia de la alcoba. Sin embargo, para evitar sospechas, se acercó a ellos y les dijo que había tenido un sueño que deseaba comunicar a su yerno. Entró armado, mató al eunuco, saltó exultante y confesó el asesinato. En ese momento, Constantino se presentó en el lado opuesto con una banda de soldados; el cadáver fue sacado de la alcoba; el asesino, sorprendido en la consumación del acto, estupefacto, permaneció silencioso e inmóvil,

más que si fuera duro pedernal o roca Marpesia.[3]

Constantino le echó en cara su impiedad y su enorme culpa, pero Maximiano obtuvo finalmente permiso para decidir cuál habría de ser su muerte,

y cuelga de una alta viga el nudo de una muerte infame.[4]

Así, aquel poderoso soberano de Roma, que reinó durante tanto tiempo con suma gloria y que llegó a celebrar su vigésimo aniversario en el trono, así, aquel hombre tan altivo, acabó con el cuello roto, y así terminó su detestable vida con una muerte vil e ignominiosa.

XXXI.
Galerio aumenta todavía más los tributos

Dios, vengador de la religión y del pueblo, apartó su mirada de Maximiano y la dirigió a Galerio, el autor de la maldita persecución, para que en su castigo se manifestara también el poder de su majestad. Galerio también se proponía celebrar su vigésimo aniversario y, de igual modo que anteriormente había oprimido a sus provincias con tributos pagaderos en oro y plata, ahora, para celebrar la fiesta de sus vicennales, repitió su opresión. ¿Quién puede relatar con palabras precisas los métodos utilizados con los que hostigó a todos para la recaudación del impuesto, especialmente en lo que respecta a los cereales y a los demás frutos de la tierra? Los oficiales, o mejor dicho los verdugos, de los diferentes magistrados, se apoderaban de cada individuo y ya no lo soltaban. Nadie sabía a quién debía pagar primero. No se concedía ninguna dispensa a los que no tenían nada y se les exigía, bajo pena de ser torturados de diversas maneras, que pagaran inmediatamente, a pesar de su incapacidad. Se establecieron múltiples vigilantes, que no concedían ningún respiro en sus exacciones, en ninguna época del año. Diferentes magistrados, o sus agentes, a menudo se disputaban el derecho de cobrar el impuesto a las mismas personas.

No había ninguna trilla sin su recaudador, ninguna vendimia sin el suyo, y nada quedaba para el sustento del labrador. Que se arrebatara el alimento de las bocas de quienes lo habían ganado con su trabajo era penoso; sin embargo, la esperanza de mejorar más tarde podría haber hecho soportable esa queja; pero era necesario que todos los que asistían a la fiesta del aniversario proporcionaran vestidos de diversas clases, y además oro y plata. Y alguien podría haber dicho: ¿Cómo podré abastecerme de esas cosas, oh tirano falto de entendimiento, si me quitas todos los

3 Virgilio, *Eneida*, VI, 471.

4 Virgilio, *Eneida*, XII, 603.

frutos de mi tierra y te apropias por la fuerza de los productos esperados? Así, en todos los dominios de Galerio, los hombres fueron despojados de sus bienes, y todo fue acumulado en el tesoro imperial, para que el emperador pudiera cumplir su voto de celebrar una fiesta que estaba condenado a no celebrar nunca.

XXXII.
Defección de Maximino Daya

Maximino Daya se enfureció con el nombramiento de Licinio como emperador y no quiso que lo llamaran César ni que lo consideraran tercero en autoridad. Galerio, mediante repetidos mensajes, suplicó a Daya que cediera y aceptara su designación, que diera paso a la edad y que reverenciara las canas de Licinio. Pero Daya se volvió cada vez más insolente. Sostenía que, como él había sido el primero en asumir la púrpura, por lo tanto, por posesión, tenía derecho a la prioridad en el rango; y desestimó las súplicas y los mandatos de Galerio. Ese animal bruto se sintió herido en lo más profundo y rugió cuando la criatura mezquina a la que había hecho César, esperando su total obsequio, olvidó el gran favor que le había sido conferido y se opuso impíamente a las peticiones y la voluntad de su benefactor. Galerio, ante la obstinación de Daya, suprimió el título subordinado de César, se dio a sí mismo y a Licinio el de Augustos, y a Daya y Constantino el de hijos de Augustos. Daya, algún tiempo después, en una carta a Galerio, aprovechó la ocasión para observar que en la última reunión general había sido saludado por su ejército con el título de Augusto. Galerio, molesto y afligido por esto, ordenó que los cuatro tuvieran el título de emperadores.

XXXIII.
Enfermedad de Galerio

Galerio, cuando llevaba dieciocho años de reinado, recibió de Dios una plaga incurable. En sus partes íntimas se formó una úlcera maligna que se fue extendiendo poco a poco. Los médicos intentaron extirparla y curar la zona afectada, pero la llaga, después de haber sido desollada, volvió a abrirse, se rompió una vena y la sangre fluyó en tal cantidad que puso en peligro su vida. Sin embargo, la hemorragia se detuvo, aunque con dificultad. Los médicos tuvieron que volver a operar y al final cicatrizaron la herida. Pero a consecuencia de un ligero movimiento de su cuerpo, Galerio volvió a abrirse la herida y la sangre fluyó más abundantemente que antes. Quedó demacrado, pálido y débil, hasta que se pudo detener la hemorragia. Después, la úlcera comenzó a ser insensible a los remedios aplicados y una gangrena se apoderó de todas las partes vecinas. Se extendió más conforme se cortaba la carne corrompida, y todo lo empleado como medio de curación sirvió para agravar la enfermedad.

Se han rendido los maestros:
Filírides, Quirón y Melampo, el hijo de Amitaón.[5]

Entonces se hicieron venir médicos famosos de todas partes, pero ningún medio humano dio resultado. Se rogó insistentemente su curación a Apolo y Esculapio; Apolo le indicó remedios y la enfermedad aumentó. Ya estaba cerca la muerte, pues se había apoderado de las regiones inferiores de su cuerpo; sus intestinos se salieron y todo él se corrompió. Los desafortunados médicos, aunque sin esperanzas de vencer la enfermedad, no cesaron de aplicar fomentos y administrar medicinas. Habiendo repelido los humores, la enfermedad atacó sus intestinos y se generaron gusanos en su cuerpo. El hedor era tan repugnante que invadió no sólo el palacio, sino incluso toda la ciudad; y no es de extrañar, porque para entonces estaban confundidos los conductos de la orina y de las heces. Fue devorado por los gusanos, y su cuerpo se descompuso en putrefacción con dolores insoportables.

5 Virgilio, *Geórgicas*, III, 549-550.

Clamores horrendos eleva al cielo,
como los mugidos del toro herido,
cuando huye del altar.[6]

En la llaga que fluía le aplicaron carne cocida de animales, para que su calor extrajera esos diminutos gusanos; y cuando le quitaron los vendajes, salió un enjambre innumerable; sin embargo, la prolífica enfermedad había incubado otros mucho más abundantes que devoraban sus intestinos. La infección se extendió por los diferentes miembros, que habían perdido su forma natural. La parte superior estaba seca, magra y demacrada, y su piel, de aspecto espantoso, apenas recubría sus huesos. En cambio la inferior, hinchada como un odre, no tenía forma alguna.

Permaneció en este estado durante un año entero, y al final, vencido por el mal, se vio obligado a reconocer a Dios, y clamó en voz alta, en los intervalos de sus intensos dolores, que reedificaría la Iglesia que había demolido y haría expiación por sus crímenes. Y cuando su fin estaba próximo, publicó el siguiente edicto:

XXXIV.
El edicto de tolerancia de Galerio

«Todos nuestros edictos han procurado siempre el bien común y el interés del Estado, buscando reducir todas las cosas a la conformidad con las antiguas leyes y disposiciones de los romanos, y que los cristianos, que habían abandonado la religión de sus antepasados, rectificaran. Ignoramos la razón por la que la obstinación y la locura se habían apoderado de ellos, y en lugar de observar aquellas antiguas instituciones que tal vez habían establecido sus propios antepasados, por capricho se dieron leyes y atraían a muchos hombres de orígenes muy diferentes.

»Después de la publicación de nuestro edicto ordenando a los cristianos que respetaran las antiguas instituciones, muchos de ellos fueron sometidos por miedo a las amenazas, y otros muchos de ellos por las torturas. Sin embargo, debido a que muchos aún persisten en sus opiniones, y en la actualidad siguen sin rendir la reverencia y adoración debida a los dioses, aunque se les impide adorar a su propio Dios, por nuestra acostumbrada clemencia que perdona a todos, hemos juzgado apropiado extender nuestra indulgencia a esos hombres, y permitirles nuevamente ser cristianos, y establecer los lugares de sus asambleas religiosas; pero sin ofender al orden establecido.

»En otro documento indicaremos a los magistrados cómo deben comportarse en este asunto. Por todo ello y como consecuencia de esta nuestra tolerancia, los cristianos deberán orar a su Dios por nuestra salud, por la del Estado y por la suya propia, para que el imperio continúe firme en todas partes, y que ellos mismos puedan vivir seguros en sus hogares.»

XXXV.
Publicación del edicto y muerte de Galerio.

Este edicto fue promulgado en Nicomedia el día anterior a las calendas de mayo, durante el octavo consulado de Galerio y el segundo de Maximino Daya. Entonces, abiertas las puertas de la prisión, tú, mi muy amado Donato, junto con los otros confesores de la fe, fuisteis liberados de una cárcel en la que habíais estado durante seis años.

Sin embargo, Galerio no obtuvo el perdón divino por la publicación de este edicto. A los pocos días fue consumido por la horrible enfermedad que le había provocado una podredumbre generalizada. Al morir, encomendó y entregó su esposa y su hijo a Licinio. Este hecho fue conocido en Nicomedia antes de fin de mes. Su aniversario vicentario debería celebrarse en las calendas siguientes de marzo.

---

6 Virgilio, *Eneida*, II, 222-224.

XXXVI.
Nueva persecución por parte de Daya

Maximino Daya, al recibir la noticia, se apresuró a partir de Oriente estableciendo los oportunos relevos de caballos, con el propósito de apoderarse de los dominios de Galerio y, mientras Licinio permanecía en Europa, se apropió de todo el territorio hasta los estrechos mares de Calcedonia. Al entrar en Bitinia, con la intención de adquirir popularidad inmediata, abolió el impuesto de Galerio, con gran alegría de todos.

Surgió la discordia entre los dos emperadores y casi una guerra abierta. Se situaron en orillas opuestas con sus ejércitos. Sin embargo, finalmente se estableció la paz y la amistad bajo ciertas condiciones. Licinio y Daya se encontraron en medio del estrecho, firmaron un tratado y, en señal de amistad, unieron sus manos.

Entonces Daya, creyendo que todo estaba seguro, regresó a Nicomedia y comenzó a gobernar en sus nuevos dominios como lo había hecho anteriormente en Siria y en Egipto. En primer lugar, anuló la tolerancia y la protección general concedida por Galerio a los cristianos, y pidió secretamente a las ciudades que no autorizasen la construcción de ninguna iglesia cristiana dentro de sus murallas. Con esto pretendía que aquello que deseaba hacer, pareciese que lo hacía, coaccionado y a la fuerza.

De este modo introdujo un nuevo sistema de gobierno en lo rerferente a la religión, y nombró para cada ciudad un sumo sacerdote, elegido entre las personas más distinguidas. El oficio de estos hombres era hacer sacrificios diarios a todos sus dioses y, con la ayuda de los antiguos sacerdotes, impedir que los cristianos erigieran iglesias o adoraran a Dios pública o privadamente; y les autorizó a obligar a los cristianos a sacrificar a los ídolos y, si se negaban, a llevarlos ante el magistrado civil.

Y como si esto no fuera suficiente, en cada provincia estableció un sacerdote superintendente, uno de los más eminentes del estado; y mandó que todos los sacerdotes recién instituidos aparecieran con hábito blanco, que era la más honrosa distinción de vestimenta. Y en cuanto a los cristianos, se propuso seguir el camino que había seguido en Oriente y, fingiendo clemencia, prohibió que se matara a los siervos de Dios, pero dio orden de que se los mutilara. Así que a los confesores de la fe les cortaron las orejas y las fosas nasales, las manos y los pies y les sacaron los ojos de las órbitas.

XXXVII.
Abusos de Daya

Mientras estaba ocupado con este plan, recibió cartas de Constantino que lo disuadieron de seguir adelante con su ejecución, por lo que por un tiempo ocultó su propósito; sin embargo, cualquier cristiano que cayó en su poder fue arrojado secretamente al mar. Tampoco abandonó su costumbre de sacrificar todos los días en el palacio. También fue una invención suya hacer que todos los animales utilizados para su mesa fueran sacrificados, no por cocineros, sino por sacerdotes en los altares, de modo que nunca se sirvió nada, a menos que se probara de antemano, se consagrara y se rociara con vino, según los ritos del paganismo; y quien fuera invitado a un banquete necesariamente regresaba de ella impuro y contaminado.

En todo lo demás se parecía a su preceptor Galerio, porque si Diocles y Maximiano habían dejado algo sin tocar, eso lo tomó Daya con avidez y desvergüenza. Y ahora los graneros particulares fueron cerrados, y los almacenes sellados. Los impuestos se reclamaban con años de antelación. De ahí el hambre, por el descuido en el cultivo, y los precios de todas las cosas aumentaron sin medida. Manadas y rebaños fueron expulsados de sus pastos para abastecer el

sacrificio diario. Al atiborrar a sus soldados con la carne de los sacrificios, los corrompió de tal manera que desdeñaron su habitual dieta en grano, y lo arrojaron a la basura sin miramientos.

Mientras tanto, Daya recompensó a sus guardias personales, que eran muy numerosos, con costosos vestidos y monedas de oro, hizo donaciones de plata a los soldados rasos y reclutas, y otorgó toda clase de dádivas a los bárbaros que servían en su ejército. En cuanto a su costumbre de arrebatar las propiedades de personas aun vivas, y concedérselas a sus favoritos que las solicitaban, no sé si no se le deben las mismas gracias que se dan a los ladrones misericordiosos, que saquean sin matar.

XXXVIII.
Lujuria de Daya

Pero lo que distinguía su carácter y en lo que superaba a todos los emperadores anteriores era su deseo de corromper a las mujeres. ¿Qué otra cosa puedo llamarlo sino una pasión ciega y frenética? Sin embargo, tales epítetos expresan débilmente mi indignación al relatar sus malas acciones. La magnitud de la culpa domina mi lengua y la hace inadecuada para su oficio. Eunucos y alcahuetes buscaban por todas partes, y tan pronto como se descubría un rostro atractivo, los maridos y los padres se veían obligados a retirarse. Nobles matronas y vírgenes eran despojadas de sus ropas, y todos sus miembros eran inspeccionados para ver si alguna parte era indigna del lecho del emperador. Siempre que una mujer se resistía, se le infligía la muerte por ahogamiento, como si, bajo el reinado de este adúltero, la castidad hubiera sido traición. Algunos hombres, al ver la violación de esposas a las que amaban cariñosamente por su virtud y fidelidad, no podían soportar la angustia de su mente y se suicidaban. Mientras este monstruo gobernó, sólo una deformidad singular podía proteger el honor de cualquier mujer de sus deseos salvajes. Finalmente, introdujo el uso de prohibir el matrimonio sin el permiso imperial, y utilizó esto como un instrumento para servir a los propósitos de su lujuria. Después de haber corrompido a doncellas nacidas libres, las entregó como esposas a sus esclavos.

Sus cortesanos imitaron el ejemplo del emperador y violaron con impunidad los lechos de sus dependientes. ¿Pues quién estaba allí para castigar tales ofensas? En cuanto a las hijas de los hombres de rango medio, cualquiera que estuviera dispuesto las tomarba por la fuerza. Las damas de calidad, que no podían ser tomadas por la fuerza, eran solicitadas y obtenidas del emperador como regalo gratuito. Tampoco un padre podía oponerse a esto, porque una vez firmada la orden imperial, no tenía otra alternativa que morir o recibir a algún bárbaro como yerno. En efecto, casi no había nadie en la guardia, excepto aquellos que, habiendo sido expulsados de sus hogares por los godos en el año veinte de Diocleciano, se rindieron a Galerio y entraron a su servicio. Era una desgracia para la humanidad que hombres que habían huido de la esclavitud de los bárbaros llegaran a dominar a los romanos. Rodeado de tales satélites, Daya oprimió e insultó a todo el Oriente.

XXXIX.
Daya intenta seducir a la viuda de Galerio

Daya, en su afán de satisfacer sus deseos libidinosos, hizo de su propia voluntad la norma del derecho. Por eso no se abstuvo de pedirle favores a la viuda de Galerio, la emperatriz Valeria, a quien recientemente había dado el título de madre. Después de la muerte de su esposo, ella había acudido a Daya, porque imaginaba que viviría con más seguridad en sus dominios que en cualquier otro lugar, especialmente porque él era un hombre casado. Pero es seguida esta bestia insolente se encendió instantáneamente en pasión por ella. Valeria todavía vestía de negro, pues aún no había

expirado el tiempo de su luto. Él le envió un mensaje proponiéndole matrimonio y ofreciéndole, si accedía, repudiar a su esposa.

Ella le respondió con franqueza, como sólo ella podía atreverse a hacerlo: primero, que no trataría el matrimonio mientras estuviera de luto y mientras las cenizas de Galerio, su esposo y, por adopción, padre de Daya, estuvieran todavía caliente. En segundo lugar, que había actuado impíamente al proponerse el divorcio de una esposa fiel para dejar lugar a otra, a la que a su vez también rechazaría; y, por último, que era indecente, injusto e ilegal que una mujer de su título y dignidad se comprometiera una segunda vez en matrimonio.

Cuando se informó a Daya de esta atrevida respuesta, sus deseos se transformaron en rabia y furioso resentimiento. Pronunció sentencia de proscripción, se apoderó de sus bienes, despidió a su séquito, torturó a sus eunucos hasta la muerte, y la desterró a ella y a su madre Prisca; pero no le indicó ningún lugar en particular para su residencia durante el destierro; por lo tanto, la expulsó insultantemente de todas las moradas que tomó en el curso de sus peregrinaciones; y, para completar todo, condenó a las damas que disfrutaban de su amistad y confianza a morir bajo una falsa acusación de adulterio.

XL.
Maximino Daya manda ejecutar a dos matronas romanas

Había una matrona de alto rango que ya tenía nietos de más de un hijo. Valeria la amaba como a una segunda madre, y Daya sospechó que su consejo había provocado que Valeria rechazara sus ofertas matrimoniales; por lo tanto, encargó al gobernador Eratineo que la hiciera morir de una manera que dañara su fama. A ella se agregaron otras dos, igualmente nobles. Una de ellas, que tenía una hija, una virgen vestal en Roma, mantuvo relación en secreto con la desterrada Valeria. La otra, casada con un senador, no tenía una especial relación con la emperatriz, pero su gran belleza y su virtud resultaron ser la causa de su muerte.

Fueron arrastradas al tribunal, no de jueces, sino de bandidos. Ni siquiera hubo acusador, hasta que un cierto judío, acusado de otros delitos, fue inducido, con la esperanza de perdón, a dar falso testimonio contra las inocentes. El magistrado, equitativo y vigilante, lo sacó de la ciudad con una escolta, para que el populacho no le apedreara. Esta tragedia tuvo lugar en Nicea. El judío fue sometido a tortura y declaró lo que se le había ordenado, mientras que los guardias impedían a golpes que las mujeres hablaran en su propia defensa. Los inocentes fueron condenados a muerte. Entonces se levantaron llantos y lamentaciones, no sólo del senador, que acompañaba a su ilustre consorte, sino también entre los espectadores, a quienes este procedimiento, escandaloso e inaudito, había reunido.

Y, para impedir que la multitud rescatara violentamente a los condenados de las manos de los verdugos, los comandantes militares los siguieron con soldados y arqueros. Y así, bajo una guardia armada, fueron llevados al suplicio. Y habrían quedado sin sepultura, pues se había ahuyentado a sus sirvientes, si amigos compasivos no las hubiera enterrado a escondidas. Pero no se cumplió la promesa de perdón al fingido adúltero, pues fue llevado a la horca, y entonces reveló todo el secreto, y con su último aliento certificó a todos los presentes que las mujeres habían muerto inocentes.

XLI.
Fracaso de la intervención de Diocleciano

Pero la emperatriz, exiliada en alguna región desértica de Siria, informó en secreto a su padre Diocleciano de la calamidad que le había sobrevenido. Éste envió mensajeros a Daya, pidiendo que le enviaran a su hija, pero no tuvo éxito. Suplicó una y otra vez, sin conseguir nada. Finalmente,

empleó a un pariente suyo, un militar de gran poder y autoridad, para implorar a Daya recordándole favores pasados. Este mensajero, que fracasó en sus negociaciones como los anteriores, informó a Diocleciano que sus peticiones eran inútiles por completo.

XLII.
Fin de Diocleciano

En esta época, por orden de Constantino, se derribaron las estatuas de Maximiano Herculio y se quitaron sus retratos; y como los dos antiguos emperadores estaban generalmente representados de forma conjunta, los retratos de ambos fueron retirados al mismo tiempo. Así, Diocleciano vivió para ver una desgracia que ningún emperador anterior había visto jamás, y, bajo la doble carga de la vejación de su espíritu y las enfermedades corporales, ansió morir. Dando vueltas de un lado a otro, con el alma agitada por el dolor, no podía comer ni descansar. Suspiraba, gemía y lloraba a menudo, y sin cesar se estremecía y retorcía, ora en su lecho, ora en el suelo. Así, el que durante veinte años había sido el más próspero de los emperadores, habiendo sido arrojado a la oscuridad de una posición privada, tratado de la manera más humillante, acabó por aborrecer la vida. Incapaz de recibir ningún alimento y agotado por la angustia de su mente, expiró.

XLIII.
Alianza entre Daya y Majencio

De los adversarios de Dios aún quedaba uno, cuya derrota y fin voy a relatar ahora. Daya había albergado celos y mala voluntad contra Licinio desde el momento en que Galerio le dio la preferencia; y esos sentimientos aún subsistían, a pesar del tratado de paz recientemente concluido entre ellos. Cuando Daya oyó que la hermana de Constantino estaba prometida a Licinio, temió que los dos emperadores, al contraer esta afinidad, querrían aliarse contra él. Por ello envió secretamente embajadores a Roma, deseando una alianza amistosa con Majencio; también le escribió en términos cordiales. Los embajadores fueron recibidos cortésmente, se estableció la amistad y, como muestra de ello, las efigies de Majencio y Daya fueron colocadas juntas a la vista del público.

Majencio aceptó esto de buen grado, como si hubiera sido una ayuda del cielo, porque ya había declarado la guerra a Constantino, como para vengar la muerte de su padre Maximiano. De esta apariencia de piedad filial surgió la sospecha de que el detestable anciano había fingido una disputa con su hijo para tener una oportunidad de destruir a sus rivales en el poder, y así abrirse paso para él y su hijo para poseer todo el imperio. Esta conjetura, sin embargo, no tenía fundamento; porque su verdadero propósito era destruir a su hijo y a los demás, y luego restablecerse a sí mismo y a Diocleciano como autoridades supremas.

XLIV.
Batalla del Puente Milvio y fin de Majencio

Entonces estalló la guerra entre Constantino y Majencio. Aunque Majencio se mantuvo en Roma, porque los arúspices habían predicho que si salía de ella moriría, dirigió las operaciones militares con generales capaces. Superó en fuerzas a su adversario, pues no sólo contaba con el ejército de su padre, que desertó de Severo, sino también con el suyo propio, que había reunido recientemente en Mauritania y Getulia. Lucharon y las tropas de Majencio prevalecieron. Al final, Constantino, con valor inquebrantable y dispuesto a todo, condujo todas sus fuerzas a las cercanías de Roma y las acampó junto al puente Milvio.

Se acercaba el aniversario del reinado de Majencio, es decir, el sexto de las calendas de noviembre, y el quinto año de su reinado estaba llegando a su fin.

En un sueño se le advirtió a Constantino que el pusiese el divino signo celestial en los escudos de sus soldados, e iniciase así la batalla. Hizo lo que se le había ordenado y marcó en sus escudos la letra X, con una línea perpendicular a través de ella y curvada en la parte superior, que era la cifra de Cristo. Con este signo ☧, sus tropas se prepararon para el combate. Los enemigos avanzaron, pero sin su emperador, y cruzaron el puente. Los ejércitos se encontraron y lucharon con el mismo esfuerzo y valor,

y ni unos ni otros conocían la huida.[7]

Mientras tanto, se produjo una sedición en Roma, y Majencio fue vilipendiado como alguien que había abandonado toda preocupación por el bien común; y de repente, mientras asistía a los juegos circenses en el aniversario de su reinado, el pueblo gritó a una sola voz: «¡Constantino no puede ser vencido!» Consternado por esto, Majencio salió del circo y, habiendo convocado a algunos senadores, ordenó que se buscaran los libros sibilinos. En ellos se encontró que en ese mismo día debía perecer el enemigo de los romanos. Impulsado por esta respuesta, se dirigió al campo de batalla, pero el puente se hunde a sus espaldas. Al ver esto, la batalla se recrudeció. La mano del Señor prevaleció y las fuerzas de Majencio fueron derrotadas. Huyó hacia el puente caído, pero arrastrado por la multitud que huía, fue empujado y cayó al Tíber.

Concluida esta cruel guerra, Constantino fue reconocido como emperador, con gran regocijo, por el senado y el pueblo de Roma. Y entonces conoció la perfidia de Maximino Daya, pues halló las cartas que había escrito a Majencio, y contempló las efigies de los dos asociados, que se habían erigido juntos. El senado, en recompensa al valor de Constantino, decretó para él el título de primer Augusto, título que Daya siempre se había atribuido a sí mismo.

Daya, cuando supo que Constantino había vencido y liberado Roma, expresó tanto dolor como si él mismo hubiera sido derrotado; pero después, cuando se enteró del decreto del senado, se enfureció, declaró su enemistad hacia Constantino, lo insultaba y se mofaba de su título de primer Augusto.

XLV.
Enfrentamiento entre Maximino Daya y Licinio

Constantino, habiendo arreglado todo en Roma, se dirigió a Milán a principios del invierno. Allí también fue Licinio a recibir a su esposa Constanza. Cuando Daya supo que estaban ocupados en solemnizar las nupcias, salió de Siria en pleno invierno y, a marchas forzadas, llegó a Bitinia con un ejército muy debilitado, pues perdió todas sus bestias de carga, de cualquier tipo, a consecuencia de las lluvias y la nieve excesivas, los caminos fangosos, el frío y la fatiga. Sus cadáveres, esparcidos por los caminos, parecían un emblema de las calamidades de la guerra inminente y el presagio de una destrucción similar que aguardaba a los soldados. Daya no se detuvo en sus propios territorios, sino que cruzó inmediatamente el Bósforo tracio y de manera hostil se acercó a las puertas de Bizancio. Había una guarnición en la ciudad, establecida por Licinio para detener cualquier invasión que Daya pudiera intentar. En un primer momento, Daya intentó seducir a los soldados prometiéndoles donativos, y luego les amenazó con sitiarlos. Pero ni las promesas ni la fuerza dieron resultado. Al cabo de once días, durante los que se cominicó a Licinio el estado de la guarnición, los soldados se rindieron, no por traición, sino porque estaban demasiado débiles para ofrecer una resistencia más prolongada. Entonces Daya se dirigió a Heraclea (también llamada Perinto), en la que por los mismos motivos hubo de detenerse varios días.

7 Virgilio, *Eneida*, X, 757.

Por entonces Licinio, con rápidas marchas, había llegado a Adrianópolis, pero con un ejército no muy numeroso. Entonces Daya, después de haber tomado Perinto por capitulación y permanecido allí por un corto tiempo, avanzó dieciocho millas hasta el siguiente puesto. Aquí su avance se detuvo, porque Licinio ya había ocupado el siguiente, a otras dieciocho millas de distancia. Licinio, habiendo reunido todas las fuerzas que pudo de las zonas cercanas, avanzó hacia Daya más bien para retrasar sus operaciones que con algún propósito de lucha o esperanza de victoria: Daya tenía un ejército de setenta mil hombres, mientras que él mismo tenía apenas treinta mil; porque sus soldados estaban dispersos en varias regiones, y no hubo tiempo, en esa emergencia repentina, para reunirlos a todos.

XLVI.
Visión de Licinio

Los ejércitos, que se acercaban, parecían estar a punto de iniciar la batalla. Entonces Daya hizo este voto a Júpiter: si obtenía la victoria, extinguiría y borraría por completo el nombre de los cristianos.

Pero a la noche siguiente, un ángel del Señor se apareció a Licinio mientras dormía, advirtiéndole que se levantara en seguida, y que con todo su ejército elevase una oración al Dios Supremo, y asegurándole que, de hacerlo, obtendría la victoria. Entonces Licinio, al oír esto, se levantaba, y el ángel, que permanecía junto a él, le indicaba cómo debía orar y con qué palabras. Al despertar de su sueño, mandó llamar a uno de sus secretarios y le dictó estas palabras exactamente como las había oído: «Dios supremo, te suplicamos; Dios santo, te suplicamos; a Ti encomendamos toda justicia; a Ti encomendamos nuestra seguridad; a Ti encomendamos nuestro imperio. Por Ti vivimos, por Ti vencemos y somos felices. Dios supremo y santo, escucha nuestras oraciones; hacia Ti extendemos nuestros brazos. Escucha, Dios santo y supremo.» Se hicieron muchas copias de estas palabras y se distribuyeron entre los principales oficiales, quienes debían enseñárselas a los soldados que estaban bajo su cargo. Ante esto, todos los hombres cobraron nuevo valor, confiados en que la victoria les había sido anunciada desde el cielo.

Licinio decidió dar batalla en las calendas de mayo, pues exactamente ocho años antes, Daya había recibido la dignidad de César, y Licinio eligió ese día con la esperanza de que Daya pudiera ser vencido en el aniversario de su reinado, como Majencio lo había sido en el suyo. Daya, sin embargo, se propuso dar batalla antes, luchar el día antes de esas calendas y triunfar en el aniversario de su reinado.

Llegaron noticias de que Daya estaba en movimiento; los soldados de Licinio se armaron y avanzaron. Una llanura árida y abierta, llamada Campo Ergeno, se extendía entre los dos ejércitos. Ahora estaban a la vista uno del otro. Los soldados de Licinio colocaron sus escudos en el suelo, se quitaron los cascos y, siguiendo el ejemplo de sus líderes, extendieron sus manos hacia el cielo. El emperador pronunció la oración y todos la repitieron después de él. El ejército destinado a ser aniquilado oyó el murmullo de las oraciones de sus enemigos. Y entonces, habiéndose realizado la ceremonia tres veces, los soldados de Licinio se llenaron de valor, se pusieron de nuevo los cascos y volvieron a tomar sus escudos.

Los dos emperadores avanzaron para conferenciar; pero Daya no pudo ser convencido, porque despreciaba a Licinio y se imaginaba que los soldados abandonarían pronto a un emperador premioso en sus donativos, y entrarían al servicio de uno generoso hasta la prodigalidad. Y de hecho fue con esta idea con la que comenzó la guerra. Esperaba la rendición voluntaria de los ejércitos de Licinio y, así reforzado, tenía la intención de atacar inmediatamente a Constantino.

XLVII.
Maximino Daya es derrotado

Los dos ejércitos se aproximaron, las trompetas dieron la señal, avanzaron los estandartes, y las tropas de Licinio cargaron. Sus enemigos, aterrorizados, no pudieron sacar sus espadas ni lanzar sus jabalinas. Daya se puso a recorrer el frente y, alternando súplicas y promesas, quiso atraerse a los soldados de Licinio. Pero nadie le escuchó, y le obligaron a retroceder. Las tropas de Daya fueron masacradas, sin que nadie ofreciera resistencia; y legiones tan numerosas y fuerzas tan poderosas fueron aniquiladas por un enemigo muy inferior. Nadie tuvo presente su reputación, ni su valor anterior, ni las honrosas recompensas que le habían sido conferidas. El Dios Supremo puso sus cuellos bajo la espada de sus enemigos de tal manera que parecían haber entrado en el campo de batalla, no como combatientes, sino como hombres entregados a la muerte.

Cuando ya muchos habían caído, Daya se apercibe de que todo iba en contra de sus esperanzas. Por eso arroja la púrpura y, vistiendo el hábito de un esclavo, cruzó apresuradamente el Bósforo tracio. La mitad de su ejército pereció en la batalla y el resto se rindió al vencedor o huyó; porque ahora que el propio emperador había desertado, no parecía haber vergüenza en la deserción.

Antes de que terminaran las calendas de mayo, Daya llegó a Nicomedia, aunque distante ciento sesenta millas del campo de batalla. Así que en el espacio de un día y dos noches realizó ese viaje. Habiendo salido apresuradamente con sus hijos y su esposa, y algunos oficiales de su corte, se dirigió hacia Siria; pero, habiéndosele unido algunas tropas de esos lugares y habiendo reunido una parte de sus fuerzas fugitivas, se detuvo en Capadocia, y luego volvió a vestir el atuendo imperial.

XLVIII.
Edicto de Licinio

No muchos días después de la victoria, Licinio, habiendo recibido parte de los soldados de Daya a su servicio, y distribuyéndolos apropiadamente, transportó su ejército a Bitinia, y habiendo hecho su entrada en Nicomedia, dio gracias a Dios, por cuya ayuda había vencido. Y en los idus de junio, mientras él y Constantino eran cónsules por tercera vez, ordenó que se promulgara el siguiente edicto para la restauración de la Iglesia, dirigido al gobernador de la provincia:

«Cuando los emperadores Constantino y Licinio nos entrevistamos en Milán y hablamos sobre el bien y la seguridad de la comunidad, nos pareció que, entre las cosas que son útiles a la humanidad en general, el respeto a la divinidad merecía nuestra primera y principal atención, y que era conveniente que los cristianos y todos los demás tuvieran libertad para seguir el modo de religión que a cada uno le pareciera mejor, para que Dios, que está sentado en el cielo, fuera benigno y propicio para nosotros y para todos los que están bajo nuestro gobierno. Por eso juzgamos que era una medida saludable y muy acorde con la recta razón que a nadie se le negara la licencia para unirse a los ritos de los cristianos o a cualquier otra religión que su mente le indicara, para que así la suprema divinidad, a cuyo culto nos consagramos libremente, pudiera continuar concediéndonos su favor y beneficencia.

»Y, en consecuencia, os hacemos saber que, sin tener en cuenta ninguna restricción a los cristianos establecida por órdenes anteriores, a todos los que elijan esa religión se les permitirá, libre y absolutamente, permanecer en ella, y no ser molestados ni ofendidos de ninguna manera. Y te lo comunicamos para que lo apliques en todo lo encomendado a tu cuidado, y sepas que la libertad que hemos otorgado en materia de religión a los cristianos es absoluta e incondicional; y que al mismo tiempo se concede a todos los demás el ejercicio libre de sus respectivas religiones, así como a los cristianos. Porque conviene al estado bien ordenado y a la tranquilidad de nuestros tiempos que a cada individuo se le permita, según su propia elección, adorar a la Divinidad; y no tenemos la intención de derogar nada del honor debido a ninguna religión o sus devotos.

»Además, con respecto a los cristianos, anteriormente dimos ciertas órdenes sobre los lugares apropiados para sus asambleas religiosas; pero ahora queremos que todas las personas que hayan comprado tales lugares, ya sea a nuestro tesoro o a cualquier otra persona, los restituyan a los cristianos, sin demandar dinero ni reclamar precio, y que esto se realice de manera perentoria e inequívoca; y también queremos que quienes hayan obtenido cualquier derecho a tales lugares mediante donación los restituyan inmediatamente a los cristianos. Si dichas personas que los obtuvieron por compra o por donación se consideran con derecho a alguna compensación de nuestra benevolencia, deberán presentar una solicitud al vicario del prefecto. Todos esos lugares deben ser restituidos inmediatamente a los cristianos por tu intervención.

»Y como parece que, además de los lugares destinados al culto religioso, los cristianos poseían otras propiedades que no pertenecían a individuos concretos, sino a su comunidad, es decir a sus iglesias, también las incluimos en la reglamentación antes mencionada, y queremos que las restituyas todas a la comunidad o a las iglesias, sin vacilaciones ni controversias, y que las personas que hagan la restitución gratis tengan la libertad de solicitar una indemnización de nuestra generosidad.

»Al promover todas esas cosas en beneficio de los cristianos, debéis emplear vuestra máxima diligencia para que nuestras órdenes se obedezcan rápidamente y se fomente nuestro amable propósito de asegurar la tranquilidad pública. Así, ese favor divino que ya hemos experimentado en asuntos de la mayor importancia, seguirá dándonos éxito y, con nuestros éxitos, hará feliz al bien común. Y para que el tenor de esta nuestra amable ordenanza sea dado a conocer a todos, queremos que hagas que, por tu autoridad, se publique en todas partes.»

Después de haber promulgado Licinio esta ordenanza, exhortó de palabra a los cristianos a reconstruir sus edificios religiosos. Y así, desde el derrocamiento de la Iglesia hasta su restauración, hubo un espacio de diez años y unos cuatro meses.

XLIX.
Muerte de Maximino Daya

Mientras Licinio lo perseguía con su ejército, el tirano fugitivo se retiró y ocupó de nuevo los pasos del monte Tauro, y allí, erigiendo parapetos y torres, intentó detener la marcha de Licinio. Pero las tropas victoriosas, con un ataque realizado por la derecha, rompieron todos los obstáculos y Daya finalmente huyó a Tarso. Allí, siendo acosado tanto por mar como por tierra, perdió la esperanza de encontrar algún lugar donde refugiarse; y en la angustia y consternación de su espíritu, buscó la muerte como el único remedio a las calamidades que Dios había acumulado sobre él. Pero primero se cebó con comida y se anegó con vino, como suelen hacer aquellos que comen y beben por última vez, y luego ingirió veneno.

Sin embargo, la fuerza del veneno, repelida por su estómago repleto, no pudo actuar del todo, sino que le produjo una enfermedad grave, parecida a la peste, y su vida se prolongó solo para que sus sufrimientos pudieran ser más severos. El veneno empezó a hacer estragos y el ardor de sus entrañas le causó un dolor insoportable que lo llevó a la locura. En un ataque de furia que duró cuatro días, juntó puñados de tierra y la devoró con avidez. Después de sufrir diversos y atroces tormentos, se golpeó la frente contra la pared y sus ojos se salieron de sus órbitas.

Y ahora, ciego, imaginó que veía a Dios con sus siervos vestidos de blanco, sentados para juzgarlo. Rugió como suelen hacerlo los hombres en el potro de tortura y exclamó que no él, sino otros, eran culpables. Finalmente, como si lo hubieran obligado a confesar, reconoció su propia culpa e imploró con tristeza a Cristo que tuviera misericordia de él. Entonces, entre gemidos, como si le quemasen vivo, exhaló su alma culpable en la más horrible de las muertes.

L.
Venganza de Licinio

Así Dios sometió a todos los que perseguían su nombre, de modo que no quedó ni raíz ni rama de ellos; pues Licinio, tan pronto como se estableció como autoridad soberana, ordenó que Valeria fuera condenada a muerte. Daya, aunque exasperado contra ella, nunca se atrevió a hacer esto, ni siquiera después de su derrota y huida, cuando supo que su fin se acercaba. Licinio ordenó que Candidiano también fuera condenado a muerte. Era hijo de Galerio y de una concubina, y Valeria, que no tenía hijos, lo había adoptado. Al enterarse de la muerte de Daya, ella fue disfrazada a la corte de Licinio, ansiosa por observar lo que podría sucederle a Candidiano. El joven, presentándose en Nicomedia, fue recibido aparentemente con honores, pero, sin sospecharlo, fue asesinado. Al enterarse de esta catástrofe, Valeria huyó inmediatamente.

El emperador Severo dejó un hijo, Severiano, que llegó a la edad adulta y que acompañó a Daya en su huida del campo de batalla. Licinio hizo que lo condenaran y ejecutaran, con el pretexto de que, tras la muerte de Daya, tenía intenciones de vestir la púrpura imperial. Mucho antes de esto, Candidiano y Severiano, temiendo a Licinio por su fama de malvado, habían decidido quedarse con Daya. En cambio Valeria resistió a Licinio de igual modo que a Daya cuando quiso arrebatarle los derechos que le correspondían como viuda de Galerio.

Licinio también ejecutó a los hijos de Maximino Daya, un niño de ocho años y una niña de siete, que había sido prometida a Candidiano. Y con anterioridad su madre había sido arrojada al Orontes, río al que ella misma había ordenado con frecuencia arrojar a mujeres honestas. Así, pues, por el juicio infalible y justo de Dios, todos los impíos recibieron sus castigos conforme a las obras que habían realizado.

LI.
Muerte de Valeria y Prisca

También Valeria, que durante quince meses había huido de provincia en provincia con un miserable atuendo, fue finalmente descubierta en Tesalónica, detenida junto con su madre Prisca y condenada a muerte. Ambas damas fueron ejecutadas, una caída de la grandeza que conmovió y despertó la compasión de la multitud de espectadores que había reunido ese extraño espectáculo. Fueron decapitadas y sus cuerpos arrojados al mar. Así, la honestidad de Valeria y el alto rango de ella y de su madre, resultaron fatales para ambas.

LII.
Epílogo

He narrado todo esto con la autoridad de personas bien informadas, y creí conveniente ponerlo por escrito exactamente como sucedió, para que no se pierda el recuerdo de hechos tan importantes y para que ningún historiador futuro de los perseguidores corrompa la verdad, ya sea suprimiendo sus ofensas contra Dios o el juicio de Dios contra ellos. A su eterna misericordia debemos dar gracias, tras volver su mirada a la tierra, se dignó reunir de nuevo y restablecer su rebaño, en parte asolado por lobos voraces y en parte esparcido por todas partes, y extirpar las nocivas fieras que habían pisoteado sus pastos y destruido sus rediles.

¿Dónde están ahora aquellos sobrenombres de Jovios y de Hercúleos, antaño tan gloriosos y famosos entre las naciones; sobrenombres asumidos insolentemente al principio por Diocles y Maximiano, y luego transferidos a sus sucesores? El Señor los aniquiló y borró de la tierra.

Celebremos, pues, con júbilo los triunfos de Dios, y con repetidas alabanzas recordemos su victoria; roguémosle con nuestras oraciones, de noche y de día, que confirme para siempre aquella paz que, después de una guerra de diez años, Él ha otorgado a los suyos.

Y tú, sobre todos los demás, mi muy amado Donato, que tantos merecimientos tienes para ser escuchado por Dios, implora al Señor que, propicia y misericordiosamente, continúe manifestando su misericordia hacia sus siervos, protegiendo a su pueblo de las maquinaciones y asaltos del diablo, y conservando a la Iglesia ahora floreciente en perpetua y pacífica felicidad.

LUCII CAECILII LIBER AD DONATUM CONFESSOREM DE MORTIBUS PERSECUTORUM

I

1 Audivit dominus orationes tuas, Donate carissime, quas in conspectu eius per omnes horas cotidie fundebas, ceterorumque fratrum nostrorum, qui gloriosa confessione sempiternam sibi coronam pro fidei meritis quaesierunt. 2 Ecce, deletis omnibus adversariis, restituta per orbem tranquillitate, profligata nuper ecclesia rursum exurgit et maiore gloria templum dei, quod ab impiis fuerat eversum, misericordia domini fabricatur. 3 Excitavit enim deus principes qui tyrannorum nefaria et cruenta imperia resciderunt et humano generi providerunt, ut iam quasi discusso tristissimi temporis nubilo mentes omnium pax iucunda et serena laetificet. 4 Nunc post atrae tempestatis violentos turbines placidus aer et optata lux refulsit. Nunc placatus servorum suorum precibus deus iacentes et afflictos caelesti auxilio sublevavit, nunc maerentium lacrimas extincta impiorum conspiratione detersit. 5 Qui insultaverant deo, iacent, qui templum sanctum everterant, ruina maiore ceciderunt, qui iustos excarnificaverunt, caelestibus plagis et cruciatibus meritis nocentes animas profuderunt. 6 Sero id quidem, sed graviter ac digne. 7 Distulerat enim poenas eorum deus, ut ederet in eos magna et mirabilia exempla, quibus posteri discerent et deum esse unum et eundem iudicem digna videlicet supplicia impiis ac persecutoribus inrogare. 8 De quo exitu eorum testificari placuit, ut omnes qui procul remoti fuerunt vel qui postea futuri sunt, scirent quatenus virtutem ac maiestatem suam in extinguendis delendisque nominis sui hostibus deus summus ostenderit. Ab re tamen non est, si a principio, ex quo est ecclesia constituta, qui fuerint persecutores eius et quibus poenis in eos caelestis iudicis severitas vindicaverit, exponam.

II

1 Extremis temporibus Tiberii Caesaris, ut scriptum legimus, dominus noster Iesus Christus a Iudaeis cruciatus est post diem decimum Kalendas Apriles duobus Geminis consulibus. 2 Cum resurrexisset die tertio, congregavit discipulos, quos metus comprehensionis eius in fugam verterat, et diebus XL cum his commoratus aperuit corda eorum et scripturas interpretatus est, quae usque ad id tempus obscurae atque involutae fuerunt, ordinavitque eos et instruxit ad praedicationem dogmatis ac doctrinae suae disponens testamenti novi sollemnem disciplinam. 3 Quo officio repleto circumvolvit eum procella nubis et subtractum oculis hominum rapuit in caelum. 4 Et inde discipuli, qui tunc erant undecim, adsumptis in locum Iudae proditoris Mathia et Paulo dispersi sunt per omnem terram ad evangelium praedicandum, sicut illis magister dominus imperaverat. Et per annos XXV usque ad principium Neroniani imperii per omnes provincias et civitates ecclesiae fundamenta miserunt. 5 Cumque iam Nero imperaret, Petrus Romam advenit et editis quibusdam miraculis, quae virtute ipsius dei data sibi ab eo potestate faciebat, convertit multos ad iustitiam deoque templum fidele ac stabile collocavit. 6 Qua re ad Neronem delata cum animadverteret non modo Romae, sed ubique cotidie magnam multitudinem deficere a cultu idolorum et ad religionem novam damnata vetusta transire, ut erat execrabilis ac nocens tyrannus, prosilivit ad excidendum caeleste templum delendamque iustitiam et primus omnium persecutus dei servos Petrum cruci adfixit, Paulum interfecit. 7 Nec tamen habuit impune. Respexit enim deus vexationem populi sui. Deiectus itaque fastigio imperii ac devolutus a summo tyrannus impotens nusquam repente comparuit, ut ne

sepulturae quidem locus in terra tam malae bestiae appareret. 8 Unde illum quidam deliri credunt esse translatum ac vivum reservatum, Sibylla dicente matricidam profugum a finibus terrae esse venturum, ut quia primus persecutus est, idem etiam novissimus persequatur et antichristi praecedat adventum, 9 quod nefas est crede re; sicut duos prophetas vivos esse translatos in ultima tempora ante imperium Christi sanctum ac sempiternum, cum descendere coeperit, quidam sanctorum pronuntiant, eodem modo etiam Neronem venturum putant, ut praecursor diaboli ac praevius sit venientis ad vastationem terrae et humani generis eversionem.

III

1 Post hunc interiectis aliquot annis alter non minor tyrannus Domitianus ortus est. Qui cum exerceret invisam dominationem, subiectorum tamen cervicibus incubavit quam diutissime tutusque regnavit, donec impias manus adversus dominum tenderet. 2 Postquam vero ad persequendum iustum populum instinctu daemonum incitatus est, tunc traditus in manus inimicorum luit poenas. Nec satis ad ultionem fuit quod est interfectus domi; etiam memoria nominis eius erasa est. 3 Nam cum multa mirabilia opera fabricasset, cum Capitolium aliaque nobilia monumenta fecisset, senatus ita nomen eius persecutus est, ut neque titulorum eius relinquerentur ulla vestigia, gravissime decretis etiam mortuo notam inureret ad ignominiam sempiternam. 4 Rescissis igitur actis tyranni non modo in statum pristinum ecclesia restituta est, sed etiam multo clarius ac floridius enituit, secutisque temporibus, quibus multi ac boni principes Romani imperii clavum regimenque tenuerunt, nullos inimicorum impetus passa manus suas in orientem occidentemque porrexit, 5 ut iam nullus esset terrarum angulus tam remotus quo non religio dei penetrasset, nulla denique dei natio tam feris moribus vivens, ut non suscepto dei cultu ad iustitiae opera mitesceret. Sed enim postea longa pax rupta est.

IV

1 Extitit enim post annos plurimos execrabile animal Decius, qui vexaret ecclesiam; quis enim iustitiam nisi malus persequatur? 2 Et quasi huius rei gratia provectus esset ad illud principale fastigium, furere protinus contra deum coepit, ut protinus caderet. 3 Nam profectus adversum Carpos, qui tum Daciam Moesiamque occupaverant, statimque circumventus a barbaris et cum magna exercitus parte delectus ne sepultura quidem potuit honorari, sed exutus ac nudus, ut hostem dei oportebat, pabulum feris ac volucribus iacuit.

V

1 Non multo post Valerianus quoque non dissimili furore correptus impias manus in deum intentavit et multum quamvis brevi tempore iusti sanguinis fudit. At illum deus novo ac singulari poenae genere adfecit, ut esset posteris documentum adversarios dei semper dignam scelere suo recipere mercedem. 2 Hic captus a Persis non modo imperium, quo fuerat insolenter usus, sed etiam libertatem, quam ceteris ademerat, perdidit vixitque in servitute turpissime. 3 Nam rex Persarum Sapor, is qui eum ceperat, si quando libuerat aut vehiculum ascendere aut equum, inclinare sibi Romanum iubebat ac terga praebere et imposito pede super dorsum eius illud esse verum dicebat exprobrans ei cum risu, non quod in tabulis aut parietibus Romani pingerent. 4 Ita ille dignissime triumphatus aliquamdiu vixit, ut diu barbaris Romanum nomen ludibrio ac derisui esset. 5 Etiam hoc ei accessit ad poenam, quod cum filium haberet imperatorem, captivitatis suae tamen ac servitutis extremae non invenit ultorem nec omnino repetitus est. 6 Postea vero quam pudendam vitam in illo dedecore finivit, derepta est ei cutis et exuta visceribus pellis infecta rubro colore, ut in templo barbarorum deorum ad memoriam clarissimi triumphi poneretur legatisque nostris semper esset ostentui, ne nimium Romani viribus suis fiderent, cum exuvias capti principis apud deos suos

cernerent. 7 Cum igitur tales poenas de sacrilegis deus exegerit, nonne mirabile est ausum esse quemquam postea non modo facere, sed etiam cogitare adversus maiestatem singularis dei regentis et continentis universa?

VI

1 Aurelianus, qui esset natura vesanus et praeceps, quamvis captivitatem Valeriani meminisset, tamen oblitus sceleris eius et poenae iram dei crudelibus factis lacessivit. Verum illi ne perficere quidem quae cogitaverat licuit, sed protinus inter initia sui furoris extintus est. 2 Nondum ad provincias ulteriores cruenta eius scripta pervenerant, et iam Caenofrurio, qui locus est Thraciae, cruentus ipse humi iacebat falsa quadam suspicione ab amicis suis interemptus. 3 Talibus et tot exemplis coerceri posteriores tyrannos oportebat: at hi non modo territi non sunt sed audacius etiam contra deum confidentiusque fecerunt.

VII

1 Diocletianus, qui scelerum inventor et malorum machinator fuit, cum disperderet omnia, ne a deo quidem manus potuit abstinere. 2 Hic orbem terrae simul et avaritia et timiditate subvertit. Tres enim participes regni sui fecit in quattuor partes orbe diviso et multiplicatis exercitibus, cum singuli eorum longe maiorem numerum militum habere contenderent, quam priores principes habuerant, cum soli rem publicam gererent. 3 Adeo maior esse coeperat numerus accipientium quam dantium, ut enormitate indictionum consumptis viribus colonorum desererentur agri et culturae verterentur in silvam. 4 Et ut omnia terrore complerentur, provinciae quoque in frusta concisae; multi praesides et plura officia singulis regionibus ac paene iam civitatibus incubare, item rationales multi et magistri et vicarii praefectorum, quibus omnibus civiles actus admodum rari, sed condemnationes tantum et proscriptiones frequentes, exactiones rerum innumerabilium non dicam crebrae, sed perpetuae, et in exactionibus iniuriae non ferendae. 5 Haec quoque quomodo tolerari non possunt quae ad exhibendos milites spectant? Idem insatiabili avaritia thesauros numquam minui volebat, sed semper extraordinarias opes ac largitiones congerebat, ut ea quae recondebat integra atque inviolata servaret. 6 Idem cum variis iniquitatibus immensam faceret caritatem, legem pretiis rerum venalium statuere conatus est; 7 tunc ob exigua et vilia multus sanguis effusus, nec venale quicquam metu apparebat et caritas multo deterius exarsit, donec lex necessitate ipsa post multorum exitium solveretur. 8 Huc accedebat infinita quaedam cupiditas aedificandi, non minor provinciarum exactio in exhibendis operariis et artificibus et plaustris, omnia quaecumque sint fabricandis operibus necessaria. 9 Hic basilicae, hic circus, hic moneta, hic armorum fabrica, hic uxori domus, hic filiae. Repente magna pars civitatis exciditur. Migrabant omnes cum coniugibus ac liberis quasi urbe ab hostibus capta. 10 Et cum perfecta haec fuerant cum interitu provinciarum, «non recte facta sunt», aiebat, «alio modo fiant.» Rursus dirui ac mutari necesse erat iterum fortasse casura. Ita semper dementabat Nicomediam studens urbi Romae coaequare. 11 Iam illud praetereo, quam multi perierint possessionum aut opum gratia. Hoc enim usitatum et fere licitum consuetudine malorum. 12 Sed in hoc illud fuit praecipuum, quod ubicumque cultiorem agrum viderat aut ornatius aedificium, iam parata domino calumnia et poena capitalis, quasi non posset rapere aliena sine sanguine.

VIII

1 Quid frater eius Maximianus, qui est dictus Herculius? Non dissimilis ab eo: nec enim possent in amicitiam tam fidelem cohaerere, nisi esset in utroque mens una, eadem cogitatio, par voluntas, aequa sententia. 2 Hoc solum differebant, quod avaritia maior in altero fuit, sed plus timiditatis, in altero vero minor avaritia, sed plus animi, non ad bene faciendum sed ad male. 3 Nam

cum ipsam imperii sedem teneret Italiam subiacerentque opulentissimae provinciae, vel Africa vel Hispania, non erat in custodiendis opibus tam diligens, quarum illi copia suppetebat. 4 Et cum opus esset, non deerant locupletissimi senatores qui subornatis indiciis affectasse imperium dicerentur, ita ut effoderentur assidue lumina senatus. Cruentissimus fiscus male partis opibus affluebant. 5 Iam libido in homine pestifero non modo ad corrumpendos mares, quod est odiosum ac detestabile, verum etiam ad violandas primorum filias. Nam quacumque iter fecerat, avulsae a complexu parentum virgines statim praesto. 6 His rebus beatum se iudicabat, his constare felicitatem imperii sui putabat, si libidini et cupiditati malae nihil denegaret. 7 Constantium praetereo, quoniam dissimilis ceterorum fuit dignusque qui solus orbem teneret.

IX

1 Alter vero Maximianus, quem sibi generum Diocletianus asciverat, non his duobus tantum quos tempora nostra senserunt sed omnibus qui fuerunt malis peior. 2 Inerat huic bestiae naturalis barbaries, effertitas a Romano sanguine aliena: non mirum, cum mater eius Transdanuviana infestantibus Carpis in Daciam novam transiecto amne confugerat. 3 Erat etiam corpus moribus congruens, status celsus, caro ingens et in horrendam magnitudinem diffusa et inflata. 4 Denique et verbis et actibus et aspectu terrori omnibus ac formidini fuit. Socer quoque eum metuebat acerrime, cuius timoris haec fuit causa: 5 Narseus rex Persarum concitatus domesticis exemplis avi sui Saporis ad occupandum Orientem cum magnis copiis inhiabat. 6 Tunc Diocletianus, ut erat in omni tumultu meticulosus animique deiectus, simul et exemplum Valeriani timens, non ausus est obviam tendere, sed hunc per Armeniam misit ipse in Oriente subsistens et aucupans exitus rerum. 7 Ille insidiis usus barbaros, quibus mos est cum omnibus suis ad bellum pergere, multitudine impeditos et sarcinis occupatos non difficiliter oppressit fugatoque Narseo rege reversus cum praeda et manubiis ingentibus sibi attulit superbiam, Diocletiano timorem. 8 In tantos namque fastus post hanc victoriam elevatus est, ut iam detrectaret Caesaris nomen. Quod cum in litteris ad se datis audisset, truci vultu ac voce terribili exclamabat «Quo usque Caesar?» 9 Exinde insolentissime agere coepit, ut ex Marte se procreatum et videri et dici vellet tamquam alterum Romulum maluitque Romulam matrem stupro infamare, ut ipse diis oriundus videretur. 10 Sed differo de factis eius dicere, ne confundam tempora. Postea enim quam nomen imperatoris accepit exuto socero, tum demum furere coepit et contemnere omnia. 11 Diocles —sic enim ante imperium vocabatur— cum rem publicam talibus consiliis et talibus sociis everteret, cum pro sceleribus suis nihil non mereretur, tamdiu tamen summa felicitate regnavit, quamdiu manus suas iustorum sanguine non inquinaret. 12 Quam vero causam persequendi habuerit exponam.

X

1 Cum ageret in partibus Orientis, ut erat pro timore scrutator rerum futurarum, immolabat pecudes et in iecoribus earum ventura quaerebat. 2 Tum quidem ministrorum scientes dominum cum adsisterent immolanti, imposuerunt frontibus suis inmortale signum; quo facto fugatis daemonibus sacra turbata sunt. Trepidabant aruspices nec solitas in extis notas videbant et, quasi non litassent, saepius immolabant. 3 Verum identidem mactatae hostiae nihil ostendebant, donec magister ille aruspicum Tagis seu suspicione seu visu ait idcirco non respondere sacra, quod rebus divinis profani homines interessent. 4 Tunc ira furens sacrificare non eos tantum qui sacris ministrabant, sed universos qui erant in palatio iussit et in eos, si detrectassent, verberibus animadverti, datisque ad praepositos litteris, etiam milites cogi ad nefanda sacrificia praecepit, ut qui non paruissent, militia solverentur. 5 Hactenus furor eius et ira processit nec amplius quicquam contra legem aut religionem dei fecit. 6 Deinde interiecto aliquanto tempore in Bithyniam venit hiematum eodemque tum Maximianus quoque Caesar inflammatus scelere advenit, ut ad

persequendos Christianos instigaret senem vanum, qui iam principium fecerat. Cuius furoris hanc causam fuisse cognovi.

XI

1 Erat mater eius deorum montium cultrix, quae cum esset mulier admodum superstitiosa, dapibus sacrificabat paene cotidie ac vicanis suis epulas exhibebat. Christiani abstinebant, et illa cum gentibus epulante ieiuniis hi et orationibus insistebant. 2 Hinc concepit odium adversus eos ac filium suum non minus superstitiosum querelis muliebribus ad tollendos homines incitavit. 3 Ergo habito inter se per totam hiemem consilio cum nemo admitteretur et omnes de summo statu rei publicae tractari arbitrarentur, diu senex furori eius repugnavit ostendens quam perniciosum esset inquietari orbem terrae, fundi sanguinem multorum; illos libenter mori solere; satis esse si palatinos tantum ac milites ab ea religione prohiberet. 4 Nec tamen deflectere potuit praecipitis hominis insaniam. Placuit ergo amicorum sententiam experiri. 5 Nam erat huius malitiae: cum bonum quid facere decrevisset, sine consilio faciebat, ut ipse laudaretur, cum autem malum, quoniam id reprehendum sciebat, in consilium multos advocabat, ut aliorum culpae adscriberetur quicquid ipse deliquerat. 6 Admissi ergo iudices pauci et pauci militares, ut dignitate antecedebant, interrogabantur. Quidam proprio adversus Christianos odio inimicos deorum et hostes religionum publicarum tollendos esse censuerunt, et qui aliter sentiebant, intellecta hominis voluntate vel timentes vel gratificari volentes in eandem sententiam congruerunt. 7 Nec sic quidem flexus est imperator, ut accomodaret assensum, sed deos potissimum consulere statuit misitque aruspicem ad Apollinem Milesium. Respondit ille ut divinae religionis inimicus. 8 Traductus est itaque a proposito, et quoniam nec amicis nec Caesari nec Apollini poterat reluctari, hanc moderationem tenere conatus est, ut eam rem sine sanguine transigi iuberet, cum Caesar vivos cremari vellet qui sacrificio repugnassent.

XII

1 Inquiritur peragendae rei dies aptus et felix ac potissimum Terminalia deliguntur, quae sunt a.d. septimum Kalendas Martias, ut quasi terminus imponeretur huic religioni.

Ille dies primus leti primusque malorum
causa fuit,

quae et ipsis et orbi terrarum acciderunt. 2 Qui dies cum illuxisset agentibus consulatum senibus ambobus octavum et septimum, repente adhuc dubia luce ad ecclesiam praefectus cum ducibus et tribunis et rationalibus venit et revulsis foribus simulacrum dei quaeritur, scripturae repertae incenduntur, datur omnibus praeda, rapitur, trepidatur, discurritur. 3 Ipsi vero in speculis —in alto enim constituta ecclesia ex palatio videbatur— diu inter se concertabant, utrum ignem potius supponi oporteret. 4 Vicit sententia Diocletianus cavens, ne magno incendio facto pars aliqua vivitatis arderet. Nam multae ac magnae domus ab omni parte cingebant. 5 Veniebant igitur praetoriani acie structa cum securibus et aliis ferramentis et immissi undique fanum illud editissimum paucis horis solo adaequarunt.

XIII

1 Postridie prosopositum est edictum quo cavebatur, ut religionis illius homines carerent omni honore ac dignitate, tormentis subiecti essent, ex quocumque ordine aut gradu venirent, adversus eos omnis actio valeret, ipsi non de iniuria, non de adulterio, non de rebus ablatis agere possent, libertatem denique ac vocem non haberent. 2 Quod edictum quidam etsi non recte, magno tamen animo deripuit et conscidit, cum irridens diceret victorias Gothorum et Sarmatarum propositas. 3

Statimque perductus non modo extortus, sed etiam legitime coctus cum admirabili patientia postremo exustus est.

XIV

1 Sed Caesar non contentus est edicti legibus; aliter Diocletianum aggredi parat. 2 Nam ut illum ad propositum crudelissimae persecutionis impelleret, occultis ministris palatio subiecit incendium, et cum pars quaedam conflagrasset, Christiani arguebantur velut hostes publici et cum ingenti invidia simul cum palatio Christianorum nomen ardebat: illos consilio cum eunuchis habito de extinguendis principibus cogitasse, duos imperatores domi suae paene vivos esse combustos. 3 Diocletianus vero, qui semper se volebat videri astutum et intellegentem, nihil potuit suspicari, sed ira inflammatus excarnificari omnes suos protinus praecepit. 4 Sedebat ipse atque innocentes igne torrebat; item iudices universi, omnes denique qui erant in palatio magistri data potestate torquebant. 5 Erant certantes quis prior aliquid inveniret: nihil usquam reperiebatur, quippe cum familiam Caesaris nemo torqueret. Aderat ipse et instabat nec patiebatur iram inconsiderati senis deflagrare. 6 Sed quindecim diebus interiectis aliud rursus incendium molitus est, sed celerius animadversum, nec tamen auctor apparuit. 7 Tunc Caesar medio hiemis profectione parata prorupit eodem die, contestans fugere se, ne vivus arderet.

XV

1 Furebat ergo imperator iam non in domesticos tantum, sed in omnes; et primam omnium filiam Valeriam coniugemque Priscam sacrificio pollui coegit. 2 Potentissimi quondam eunuchi necati, per quos palatium et ipse ante constabat; comprehensi presbyteri ac ministri et sine ulla probatione aut confessione damnati cum omnibus suis deducebantur. 3 Omnis sexus et aetatis homines ad exustionem rapti, nec singuli, quoniam tanta erat multitudo, sed gregatim circumdato igni ambiebantur; domestici alligatis ad collum molaribus mari mergebantur. 4 Nec minus in ceterum populum persecutio violenter incubuit. Nam iudices per omnia templa dispersi universos ad sacrificia cogebant. 5 Pleni carceres erant, tormentorum genera inaudita excogitabantur, et ne cui temere ius diceretur, arae in secretariis ac pro tribunali positae, ut litigatores prius sacrificarent atque ita causas suas dicerent, sic ergo ad iudices tamquam ad deos adiretur. 6 Etiam litterae ad Maximianum atque Constantium commeaverant, ut eadem facerent: quorum sententia in tantis rebus expectata non erat. Et quidem senex Maximianus libens paruit per Italiam, homo non adeo clemens. 7 Nam Constantius, ne dissentire a maiorum praeceptis videretur , conventicula, id est parietes, qui restitui poterant, dirui passus est, verum autem dei templum, quod est in hominibus, incolume servavit.

XVI

1 Vexabatur ergo universa terra et praeter Gallias ab oriente usque ad occasum tres acerbissimae bestiae saeviebant.

2 non, mihi si linguae centum sint oraque centum,
ferrea vox, omnes scelerum comprendere formas,
omnia poenarum percurrere nomina possim.

quae iudices per provincias iustis atque innocentibus intulerunt. 3 Verum quid opus est illa narrare praecipue tibi, Donate carissime, qui praeter ceteros tempestatem turbidae persecutionis expertus es? 4 Nam cum incidisses in Flaccinum praefectum, non pusillum homicidam, deinde in Hieroclem ex vicario praesidem, qui auctor et consiliarius ad faciendam persecutionem fuit, postremo in Priscillianum successorem eius, documentum omnibus invictae fortitudinis praebuisti. 5 Novies

enim tormentis cruciatibusque variis subiectus novies adversarium gloriosa confessione vicisti, novem proeliis diabolum cum satellitibus suis debellasti, novem victoriis saeculum cum suis terroribus triumphasti. 6 Quam iucundum illud spectaculum deo fuit, cum victorem te cerneret non candidos equos aut immanes elephantos, sed ipsos potissimum triumphatores currui tuo subiugantem! 7 Hic est verus triumphus, cum dominatores dominantur. Victi enim tua virtute ac subiugati sunt, quandoquidem nefanda iussione contempta omnes apparatus ac terriculas tyrannicae potestatis fide stabili et robore animi profligasti. 8 Nihil adversus te verbera, nihil ungulae, nihil ignis, nihil ferrum, nihil varia tormentorum genera valuerunt: adimere tibi fidem ac devotionem nulla vis potuit. 9 Hoc est esse discipulum dei, hoc est militem Christi, quem nullus hostis expugnet, nullus lupus de castris caelestibus rapiat, nullus laqueus iudicat, nullus dolor vincat, nullus cruciatus affligat. 10 Denique post illas novem gloriosissimas pugnas, quibus a te diabolus victus est, non est ausus ulterius congredi tecum, quem tot proeliis expertus est non posse superari. 11 Et cum tibi parata esset victrix corona, desiit amplius provocare, ne iam sumeres; quam licet non acceperis in praesenti, tamen integra tibi pro virtutibus tuis et meritis in regno domini reservatur. Sed redeamus ad ordinem rerum.

XVII

1 Hoc igitur scelere perpetrato Diocletianus, cum iam felicitas ab eo recessisset, perrexit statim Romam, ut vicennalium diem celebraret, qui erat futurus a.d. duodecimum Kalendas Decembres. 2 Quibus sollemnibus celebratis cum libertatem populi Romani ferre non poterat, impatiens et aeger animi prorupit ex urbe impendentibus Kalendis Ianuariis, quibus illi nonus consultatus deferebatur. 3 Tredecim dies tolerare non potuit, ut Romae potius quam Ravennae procederet consul, sed profectus hieme saeviente, frigore atque imbribus verberatus morbum levem, at perpetuam contraxit vexatusque per omne iter lectica plurimum vehebatur. 4 Sic aestate transacta per circuitum ripae Istricae Nicomediam venit, morbo iam gravi insurgente; quo cum se premi videret, prolatus est tamen, ut circum quem fecerat dedicaret anno post vicennalia repleto. 5 Deinde ita languore est oppressus, ut per omnes deos pro vita eius rogaretur, donec Idibus Decembribus luctus repente in palatio, maestitia et lacrimae iudicum, trepidatio et silentium tota civitate. 6 Iam non modo mortuum, sed etiam sepultum dicebant, cum repente mane postridie pervagari fama quod viveret, domesticorum ac iudicum vultus alacritate mutari. 7 Non defuerunt qui suspicarentur celari mortem eius, donec Caesar veniret, ne quid forte a militibus novaretur. 8 Quae suspicio tantum valuit, ut nemo crederet eum vivere, nisi Kalendis Martiis prodisset, vix agnoscendus, quippe qui anno fere toto aegritudine tabuisset. 9 Et ille Idibus Decembribus morte sopitus animam receperat, nec tamen totam. Demens enim factus est, ita ut certis horis insaniret, certis resipisceret.

XVIII

1 Nec multis post diebus Caesar advenit, non ut patri gratularetur, sed ut eum cogeret imperio cedere. Iam conflixerat nuper cum Maximiano sene eumque terruerat iniecto armorum civilium metu. 2 Agressus est ergo Diocletianum primum molliter et amice, iam senem esse dicens, iam minus validum et administrandae rei publicae inhabilem; debere illum requiescere post labores. Simul et exemplum Nervae proferebat, qui imperium Traiano tradidisset. 3 Ille vero aiebat et indecens esse, si post tantam sublimis fastigii claritatem in humilis vitae tenebras decidisset, et minus tutum, quod in tam longo imperio multorum sibi odia quaesisset; 4 Nervam vero uno anno imperantem, cum pondus et curam tantarum rerum vel aetate vel insolentia ferre non quiret, abiecisse gubernaculum rei publicae atque ad privatam vitam redisse, in qua consenuerat. Verum si nomen imperatoris cuperet adipisci, impedimento nihil esse quominus omnes Augusti nuncuparentur. 5 At ille, qui orbem totum iam spe invaserat, quoniam sibi aut nihil praeter nomen aut non multum videbat accedere, respondit debere ipsius dispositionem in perpetuum conservari, ut

duo sint in re publica maiores, qui summam rerum teneant, item duo minores, qui sint adiumento; inter duos facile posse concordiam servari, inter quattuor pares nullo modo. 6 Si ipse cedere noluisset, se sibi consulturum, ne amplius minor et extremus esset. Iam fluxisse annos quindecim quibus in Illyricum id est ad ripam Danuvii relegatus cum gentibus barbaris luctare tur, cum alii intra laxiores et quietiores terras delicate imperarent. 7 His auditis senex languidus, qui iam et Maximiani senis litteras acceperat scribentis quaecumque locutus fuisset, et didicerat augeri ab eo exercitum, lacrimabundus «Fiat» inquit «si hoc placet».

8 Supererat ut communi consilio omnium Caesares legerentur. «Quid opus est consilio, cum sit necesse illis duobus placere quicquid nos fecerimus?» «Ita plane. Nam illorum filios nuncupari necesse est.» Erat autem Maximiano filius Maxentius, huius ipsius Maximiani gener, homo perniciosae ac malae mentis, adeo superbus et contumax, ut neque patrem neque socerum solitus sit adorare, et idcirco utrique invisus fuit. 10 Constantio quoque filius erat Constantinus, sanctissimus adulescens et illo fastigio dignissimus, qui insigni et decoro habitu corporis et industria militari et probis moribus et comitate singulari a militibus amaretur, a privatis et optaretur, eratque tunc praesens iam pridem a Diocletiano factus tribunus ordinis primi. 11 «Quid ergo fiat?» «Ille —inquit — dignus non est. Qui enim me privatus contempsit, quid faciet, cum imperium acceperit?» «Hic vero et amabilis est et ita imperaturus, ut patre suo melior et clementior iudicetur.» «Ita fiet ut ego non possim facere quae velim. Eos igitur oportet nuncupari qui sint in mea potestate, qui timeant, qui nihil faciant nisi meo iussu.» 12 «Quos ergo faciemus?» «Severum» inquit. «Illumne saltatorem temulentum ebriosum, cui nox pro die est et dies pro nocte?» «Dignus —inquit— quoniam militibus fideliter praefuit, et cum misi ad Maximianum, ut ab eo induatur.» 13 «Esto. Alterum quem dabis?» «Hunc» inquit, ostendens Daiam adulescentem quendam semibarbarum, quem recens iusserat Maximinum vocari de suo nomine. Nam et ipsi Diocletianus nomen ex parte mutaverat ominis causa, quia Maximianus fidem summa religione praestabat. 14 «Quis est hic quem mihi offers?» «Meus —inquit— affinis.» At ille gemibundus «Non idoneos homines mihi das, quibus tutela rei publicae committi possit.» «Probavi eos» inquit. «Tu videris, qui regimen imperii suscepturus es. 15 Ego satis laboravi et providi quemadmodum me imperante res publica staret incolumis. Si quid accesserit adversi, mea culpa non erit.»

XIX

1 Cum haec essent constituta, proceditur Kalendis Mais. Constantinum omnes intuebantur, nulla erat dubitatio; milites qui aderant et primores militum electi et acciti ex legionibus in hunc unum intenti gaudebant, optabant, et vota faciebant. 2 Erat locus altus extra civitatem ad milia fere tria, in cuius summo Maximianus ipse purpuram sumpserat, et ibi columna fuerat erecta cum Iovis signo. Eo pergitur. 3 Contio militum convocatur. Incipit senex cum lacrimis alloquitur milites: se invalidum esse, requiem post labores petere, imperium validioribus tradere, alios Caesares subrogare. Summa omnium expectatio, quid afferret. 4 Tunc repente pronuntiat Severum et Maximinum Caesares; opstupefiunt omnes. In tribunali Constantinus adstabat susum; haesitare inter se num Constantini immutatum nomen esset, cum in conspectu omnium Maximianus manum retrorsus extendens protraxit a tergo Daiam Constantino repulso et exutum vestem privatam constituit in medium. Mirari omnes qui esset, unde esset.5 Nemo tamen reclamare ausus est cunctis insperatae novitate rei turbatis. Huic purpuram Diocetianus iniecit suam qua se exuit, et Diocles iterum factus est. 6 Tum descenditur, et reda per civitatem veteranus rex foras exportatur in patriamque dimittitur. Daia vero sublatus nuper a pecoribus et silvis, statim scutarius, continuo protector, mox tribunus, postridie Caesar, accepit Orientem calcandum et conterendum, quippe qui neque militiam neque rem publicam sciret, iam non pecorum, sed militum pastor.

XX

1 Maximianus postquam senibus expulsis quod voluit effecit, se iam solum totius orbis domi num esse ferebat, nam Constantium quamvis priorem nominari esset necesse, contemnebat, quod et natura mitis esset et valitudine corporis impeditus. 2 Hunc sperabat brevi obiturum, et si non obisset, vel invitum exuere facile videbatur. Quid enim faceret, si a tribus cogeretur imperium deponere? 3 Habebat ipse Licinium veteris contubernii amicum et a prima militia familiarem, cuius consiliis ad omnia regenda utebatur; sed eum Caesarem facere noluit, ne filium nominaret, ut postea in Constantii locum nuncuparet Augustum atque fratrem, 4 tunc vero ipse principatum teneret ac pro arbitrio suo debacchatus in orbem terrae vicennalia celebraret, ac substituto Caesare filio suo, tunc erat novennis, et ipse deponeret, ita cum imperii summam tenerent Licinius ac Severus et secundum Caesarum nomen Maximinus et Candidianus, inexpugnabili muro circumsaeptus securam et tranquillam degeret senectutem. 5 Huc consilia eius tendebant. Sed deus, quem sibi fecit infestum, cuncta illius cogitata dissolvit.

XXI

1 Adeptus igitur maximam potestatem ad vexandum orbem, quem sibi patefecerat, animum intendit. 2 Nam post devictos Persas, quorum hic ritus, hic mos est, ut regibus suis in servitium se addicant et reges populo suo tamquam familia utantur, hunc morem nefarius homo in Romanam terram voluit inducere: quem ex illo tempore victoriae sine pudore laudabat. 3 Et quia id aperte iubere non poterat, sic agebat, ut et ipse libertatem hominibus auferret. In primis honores ademit. Torquebantur ab eo non decuriones modo, sed primores etiam civitatum, egregii ac perfectissimi viri, et quidem in causis levibus atque civilibus. Si morte digni viderentur, cruces stabant, sin minus, compedes parati. 4 Matres familias ignavae ac nobiles in gynaeceum rapiebantur; si quis esset verberandus, defixi in stabulo pali quattuor stabant, ad quos nullus umquam servus distendi solebat. 5 Quid lusorium vel delicias eius referam? Habebat ursos ferociae ac magnitudinis suae simillimos, quos toto imperii sui tempore elegerat; quotiens delectari libuerat, horum aliquem adferri nominatim iubebat. 6 His omnibus non plane comedendi, sed obsorbendi obiectabant: quorum artus cum dissiparentur, ridebat suavissime nec umquam sine humano cruore cenabat. Dignitatem non habentibus poena ignis fuit. 7 Id exitii primo adversus Christianos permiserat datis legibus, ut post tormenta damnati lentis ignibus urerentur. 8 Qui cum delegati fuissent, subdebatur primo pedibus lenis flamma tamdiu, donec callum solorum contractum igni ab ossibus revelleretur. 9 Deinde incensae faces et exstinctae admovebantur singulis membris, ita ut locus ullus in corpore relinqueretur intactus, et inter haec suffundebatur facies aqua frigida et os umore abluebatur, ne arescentibus siccitate faucibus cito spiritus redderetur; 10 quod postremo accidebat, cum per multum diem decocta omni cute vis ignis ad intima viscera penetrasset. 11 Hinc rogo facto cremabatur corpora iam cremata. Lecta ossa et in pulverem comminuta iactabantur in flumina ac mare.

XXII

1 Quae igitur in Christianis excruciandis didicerat, consuetudine ipsa in omnes exercebat. 2 Nulla poena penes eum levis, non insulae, non carceres, non metalla, sed ignis, crux ferae in illo erant cotidiana et facilia. 3 Domestici et administratores lancea emendabantur. In causa poena capitis et animadversio gladii admodum paucis quasi beneficium deferebatur, qui ob merita vetera impetraverant bonam mortem. 4 Iam illa prae his levia fuerant: eloquentia extincta, causidici sublati, iure consulti aut relegati aut necati. Litterae autem inter malas artes habitae et qui eas noverant, pro inimicis hostibusque protriti et execrati. 5 Licentia rerum omnium solutis legibus

adsumpta et iudicibus data. Iudices militares humanitatis litterarum rudes sine adsessoribus in provincias immissi.

XXIII

1 At vero illud publicae calamitatis et communis luctus omnium fuit, census in provincias et civitates semel missus. Censitoribus ubique diffusis et omnia exagitantibus hostilis tumultus et captivitatis horrendae species erant. 2 Agri glebatim metiebantur, vites et arbores numerabantur, animalia omnis generis scribebantur, hominum capita notabantur; in civitatibus urbanae ac rusticae plebes adunatae, fora omnia gregibus familiarum referta; unus quisque cum liberis, cum servis aderant, tormenta ac verbera personabant, filii adversus parentes suspendebantur, fidelissimi quique servi contra dominos vexabantur, uxores adversus maritos. 3 Si omnia defecerant, ipsi contra se torquebantur et cum dolor vicerat, adscribebantur quae non habebantur. 4 Nulla aetatis, valitudinis excusatio, aegri et debiles deferebantur, aestimabantur aetates singulorum, parvulis adiciebantur anni, senibus detrahebantur. Luctu et maestitia plena omnia. 5 Quae veteres ad versus victos iure belli fecerant, et ille adversus Romanos Romanisque subiectos facere ausus est, quia parentes eius censui subiugati fuerant, quem Traianus Daciis assidue rebellantibus poenae gratia victor imposuit. 6 Post hoc pecuniae pro capitibus pendebantur et merces pro vita dabatur. Non tamen isdem consistoribus fides habebatur, sed alii super alios mittebantur tamquam plura inventuri, et ut duplicabatur semper, illis non invenientibus, sed ut libuit addentibus, ne frustra missi viderentur. 7 Interea minuebantur animalia et mortales obibant et nihilo minus solvebantur tributa pro mortuis, ut nec vivere iam nec mori saltim gratis liceret. Mendici supererant soli a quibus nihil exigi posset; quos ab omni genere iniuriae tutos miseria et infelicitas fecerat. 8 Atque homo iste pius misertus est illis, ut non egerent. Congregari omnes iussit et exportatos naviculis in mare mergi. Adeo hominem misericordem, qui providerit ne quis illo imperante miser esset! 9 Ita dum cavet ne quis simulatione mendicitatis censum subterfugiat, multitudinem verorum miserorum contra omne ius humanitatis occidit.

XXIV

1 Iam propinquavit illi iudicium dei secutumque tempus est quo res eius dilabi ac fluere coeperunt. 2 Nondum animum intenderat ad evertendum pellendumve Constantium, dum est occupatus his rebus quas superius exposui; et expectabat obitum eius, sed tamen celeriter non putabat obiturum. 3 Qui cum graviter laboraret, miserat litteras, ut filium suum Constantinum remitteret sibi videndum, quem iam dudum frustra repetierat. 4 Ille vero nihil minus volebat. Nam et in insidiis saepe iuvenem adpetiverat, quia palam nihil audebat, ne contra se arma civilia et, quod maxime verebatur, odia militum concitaret, et sub obtentu exercitii ac lusus feris illum obiecerat, 5 sed frustra, quoniam dei manus hominem protegebat. Qui illum de manibus eius liberavit in ipso cardine. Namque saepius rogatus cum iam diu negare non posset, dedit illi sigillum inclinante iam die praecepitque, ut postridie mane acceptis mandatis proficisceretur, vel ipse illum occasione aliqua retentaturus vel praemissurus litteras, ut Constantinus a Severo teneretur. 6 Quae cum ille prospiceret, quiescente iam imperatore post cenam properavit exire sublatisque per mansiones multas omnibus equis publicis evolavit. 7 Postridie imperator eum cum consulto ad medium diem usque dormisset, vocari eum iubet. Dicitur ei post cenam statim profectus. Indignari ac fremere coepit. Poscebat equos publicos, ut eum retrahi faceret. Nudatus ei cursus publicus nuntiatur. Vix lacrimas tenebat. 8 At ille incredibili celeritate usus pervenit ad patrem iam deficientem, qui ei militibus commendato imperium per manus tradidit. Atque ita in lecto suo requiem vitae, sicut optabat, accepit. 9 Suscepto imperio Constantinus Augustus nihil egit prius quam Christianos cultui ac deo suo reddere. Haec fuit prima eius sanctio sanctae religionis restitutae.

XXV

1 Paucis post diebus laureata imago eius adlata est ad malam bestiam. Deliberavit diu an susciperet. 2 In eo paene res fuit, ut illam et ipsum qui attulerat exureret, nisi eum amici ab illo furore flexissent admonentes eum periculi, quod universi milites, quibus invitis ignoti Caesares erant facti, suscepturi Constantinum fuissent atque ad eum concursuri alacritate summa, si venisset armatus. 3 Suscepit itaque imaginem admodum invitus atque ipsi purpuram misit, ut ultro ascivisse illum in societatem videretur. 4 Iam turbatae rationes eius fuerant nec poterat alterum extra numerum nuncupare, ut voluerat. 5 Sed illud excogitavit, ut Severum, qui erat aetate maturior, Augustum nuncuparet, Constantinum vero non imperatorem, sicut erat factus, sed Caesarem cum Maximino appellari iuberet, ut eum de secundo loco reiceret in quartum.

XXVI

1 Compositae ei res quodam modo iam videbantur, cum subito illi alius terror adlatus est, generum ipsius Maxentium Romae factum imperatorem. Cuius motus haec fuit causa. 2 Cum statuisset censibus institutis orbem terrae devorare, ad hanc usque prosiluit insaniam, ut ab hac captivitate ne populum quidem Romanum fieri vellet immunem. Ordinabantur iam censitores qui Romam missi describerent plebem. 3 Eodem fere tempore castra quoque praetoria sustulerat. Itaque milites pauci, qui Romae in castris relicti erant, opportunitatem nancti occisis quibusdam iudicibus non invito populo, qui erat concitatus, Maxentium purpuram induerant. 4 Quo nuntio allato aliquantum rei novitate turbatus est nec tamen nimium territus. Et oderat hominem et tres Caesares facere non poterat. Satis visum est semel fecisse quod noluit. 5 Severum arcessit, hortatur ad recipiendum imperium. Mittit eum cum exercitu Maximiani ad expugnandum Maxentium, et mittit Romam. In qua milites illi summis deliciis saepissime excepti non modo salvam esse illam urbem, sed ibi vivere optarent. 6 Maxentius tanti facinoris sibi conscius, licet iure hereditatis paternos milites traducere ad se posset, cogitans tamen fieri posse ut Maximianus socer id ipsum metuens Severum in Illyrico relinqueret atque ipse cum suo exercitu ad se oppugnandum veniret, quaerebat quatenus se a periculo impendente muniret. 7 Patri suo post depositum imperium in Campania moranti purpuram mittit et bis Augustum nominat. Ille vero et rerum novarum cupidus et qui deposuerat invitus, libenter arripuit. 8 Severus interim vadit et ad muros urbis armatus accedit. Statim milites sublatis signis abeunt et se ei contra quem venerant, tradunt. 9 Quid restabat deserto nisi fuga? Sed occurrebat iam resumpto imperio Maximianus, cuius adventu Ravennam confugit ibique se cum paucis militibus inclusit. 10 Qui cum videret futurum ut Maximiano traderetur, dedidit se ipse vestemque purpuream eidem a quo acceperat, reddidit. 11 Quo facto nihil aliud impetravit nisi bonam mortem. Nam venis eius incisis leniter mori coactus est. Ab hoc capite suos persequi.

XXVII

1 Herculius vero cum Maximiani nosset insaniam, cogitare coepit illum audita nece Severi inflammatum ira susceptis inimicitiis cum exercitu esse venturum et fortasse adiuncto Maximino ac duplicatis copiis, quibus resisti nullo modo posset, et urbe munita et rebus omnibus diligenter instructa proficiscitur in Galliam, ut Constantinum partibus suis conciliaret suae minoris filiae nuptiis. 2 Ille interea coacto exercitu invadit Italiam, ad urbem accedit senatum extincturus, populum trucidaturus; verum clausa et munita omnia offendit. Nulla erat spes inrumpendi, oppugnatio difficilis, ad circumsedenda moenia non satis copiarum; quippe qui numquam viderat Romam aestimaretque illam non multo esse maiorem quam quas noverat civitates. 3 Tunc quaedam legiones detestantes scelus, quod socer generum oppugnaret et quod Romani milites Romam, translatis signis imperium reliquerunt. 4 Et iam ceteri milites nutabant, cum ille fracta superbia

dimissisque animis Severi exitum metuens ad pedes militum provolutus orabat ne hosti traderetur, donec promissis ingentibus flexit animos eorum et retro signa convertit ac fugam trepidus capessivit, in qua opprimi facillime potuit, si cum paucis quispiam sequeretur. 5 Quod cum timeret, dedit militibus potestatem ut dispersi quam latissime diriperent omnia vel corrumperent, ut si quis insequi voluisset, utensilia non haberet. 6 Vastata est igitur ea pars Italiae qua pestiferum illud agmen incessit, expilata omnia, mulieres corruptae, virgines violatae, extorti parentes et mariti, ut filias, ut coniuges, ut opes suas proderent. Abactae tamquam de barbaris praedae pecorum ac iumentorum. 7 Hoc modo se ad sedes suas recepit, cum Romanus quondam imperator, nunc populator Italiae, hostiliter universa vexasset. 8 Olim quidem ille ut nomen imperatoris acceperat, hostem se Romani nominis erat professus, cuius titulum immutari volebat, ut non Romanum imperium, sed Daciscum cognominaretur.

XXVIII

1 Post huius fugam cum se Maximianus alter e Gallia recepisset, habebat imperium commune cum filio. Sed iuveni magis parebatur quam seni, quippe cum prior esset et maior filii potestas, qui etiam patri reddiderat imperium. 2 Ferebat iniquo animo senex quod non posset libere facere quae vellet, et filio suo puerili aemulatione invidebat. Cogitabat ergo expellere adulescentem, ut sibi sua vindicaret: quod facile videbatur, quia milites ei erant qui Severum reliquerant. 3 Advocavit populum ac milites quasi contionem de praesentibus rei publicae malis habiturus. De quibus cum multa dixisset, convertit ad filium manus et illum esse dicens auctorem malorum, illum principem calamitatum, quas res publica sustineret, deripuit ab humeris eius purpuram. 4 Exutus ille praecipitem se de tribunali dedit et a militibus exceptus est. Quorum ira et clamore perturbatus est senex impius et ab urbe Roma tamquam Superbus alter exactus est.

XXIX

1 Rediens rursus in Gallias, ubi aliquantum moratus est, profectus est ad hostem filii sui Maximianum, quasi ut de componendo rei publicae statu et cum eo disputaret, re autem vera, ut illum per occasionem reconciliationis occideret ac regnum eius teneret exclusus a suo. 2 Quo cumque venisset, aderat ibi Diocles a genere nuper accitus, ut quod ante non fecerat, praesente illo imperium Licinio daret substituto in Severi locum. Itaque fit utroque praesente. Sic uno tempore sex fuerunt. 3 Qua re impeditis consiliis senex Maximianus tertiam quoque fugam moliebatur: Redit in Galliam plenus malae cogitationis ac sceleris, ut Constantinum imperatorem, generum suum, generi filium, dolo malo circumveniret, et ut posset fallere, deponit regiam vestem. Francorum gens in armis erat. 4 Persuadet nihil suspicanti, ne omnem secum exercitum duceret. Paucis militibus posse barbaros debellari , ut et ipse haberet exercitum quem occuparet, et ille opprimi posset ob militum paucitatem. 5 Credit adulescens ut perito ac seni, paret ut socero: proficiscitur relicta militum parte maiore. Ille paucis diebus expectatis cum iam Constantinum aestimaret intrasse fines barbarorum, repente purpuram sumit, thesauros invadit, donat ut solet large; fingit de Constantino quae in ipsum protinus recciderunt. 6 Imperatori propere quae gesta sunt, nuntiantur. Admirabili celeritate cum exercitu revolat. Opprimitur homo ex improviso, nondum satis instructus, milites ad imperatorem suum redeunt. 7 Occupaverat Massiliam et portas observaverat. Accedit propius imperator et in muro adstantem alloquitur, non aspere nec hostiliter, sed rogat quid sibi voluisset, quod ei defuisset, cur faceret quod ipsum praecipue non deceret. Ille vero ingerebat maledicta de muris. 8 Tum subito a tergo eius portae reserantur, milites recipiuntur. Attrahitur ad imperatorem rebellis imperator, pater impius, socer perfidus. Audit scelera quae fecit, detrahitur ei vestis et increpito vita donatur.

XXX

1 Sic amisso imperatoris ac soceri honore humilitatis impatiens alias rursus insidias machinatus est, quia semel habuit impune. 2 Vocat filiam Faustam eamque nunc precibus nunc blandimentis sollicitat ad proditionem mariti, alium digniorem virum pollicetur; petit, cubiculum patens relinqui et neglegentius custodiri sinat. 3 Pollicetur illa facturam et refert protinus ad maritum. Componitur scaena qua manifesto facinus teneretur. Supponitur quidam vilis eunuchus qui pro imperatore moriatur. 4 Surgit ille nocte intempesta, videt omnia insidiis opportuna. Rari excubitores erant et ii quidem longius; quibus tamen dicit vidisse somnium quod filio suo narrare vellet. Ingreditur armatus et spadone obtruncato prosilit gloriabundus ac profitetur quid admiserit. 5 Repente se ex altera parte Constantinus ostendit cum globo armatorum. Profertur e cubiculo cadaver occisi; haeret manifestarius homicida et mutus stupet, quasi

dura silex aut stet Marpesia cautes

impietatis ac sceleris increpatur. Postremo datur ei potestas liberae mortis,

ac nodum informis leti trabe nectit ab alta.

6 Ita ille Romani nominis maximus imperator, qui post longum temporis intervallum cum ingenti gloria viginti annorum vota celebravit, eliso et fracto superbissimo gutture vitam detestabilem turpi et ingeminosa morte finivit.

XXXI

1 Ab hoc deus religionis ac populi sui vindex oculos ad Maximianum alterum transtulit, nefandae persecutionis auctorem, ut in eo etiam suae vim maiestatis ostenderet, iam de agendis et ipse vicennalibus cogitabat. 2 Et ut, qui iam dudum provincias afflixerat auri argentique indictionibus factis, quae promiserat redderet, etiam in nomine vicennalium securem alteram inflixit. 3 Qua vexatione generis humani exactio celebrata sit maxime rei annonariae, quis enarrare digne potest? Officiorum omnium milites vel potius carnifices singulis adhaerebant. Cui prius satisfieret, incertum, venia non habentibus nulla. Sustinendi multiplices cruciatus, nisi exhiberetur statim quod non erat. 4 Multis custodiis circumsaepto nulla respirandi facultas, nullo tempore anni vel exigua requies. Frequens super isdem hominibus vel ipsis iudicibus vel militibus iudicum pugna. Nulla area sine exactore, nulla vindemia sine custode, nihil ad victum laborantibus relictum. Quae quamquam intolerabilia sint, eripi ab ore hominum cibos labore quaesitos, tamen sustentabile aliquo modo vel spe futurorum. 5 Quid vestis omnis generis? Quid aurum? Quid argentum? Nonne haec necesse est ex venditis fructibus comparari? Unde igitur haec, o dementissime tyranne, praestabo, cum omnes fructus auferas, universa nascentia violenter eripias? 6 Quis ergo non bonis suis eversus est, ut opes, quae sub imperio eius fuerunt, conraderentur ad votum, quod non erat celebraturus?

XXXII

1 Nuncupato igitur Licinio imperatore Maximinus iratus nec Caesarem se nec tertio loco nominari volebat. 2 Mittit ergo ad eum saepe legatos, orat sibi pareat, dispositionem suam servet; cedat aetati et honorem deferat canis. 3 At ille tollit audacius cornua et praescriptione temporis pugnat: sese priorem esse debere, qui prior sumpserit purpuram; preces eius et mandata contempsit. 4 Dolet bestia et mugit, quod cum ideo ignobilem fecisset Caesarem, ut sibi obsequens esset, is tamen tanti beneficii sui oblitus voluntati ac precibus suis impie repugnaret. 5 Victus contumacia tollit Caesarum nomen et se Liciniumque Augustos appellat, Maximinum et Constantinum filios Augustorum. Maximinus postmodum scribit quasi nuntians in campo Martio proxime celebrato

Augustum se ab exercitu nuncupatum. Recepit ille maestus ac dolens et universos quattuor imperatores iubet nominari.

XXXIII

1 Iam decimus et octavus annus agebatur, cum percussit eum deus insanabili plaga. Nascitur ei ulcus malum in inferiori parte genitalium serpitque latius. 2 Medici secant curant. Sed inducta iam cicatrice scinditur vulnus et rupta vena fluit sanguis usque ad periculum mortis, vix tamen cruor sistitur. Nova ex integro cura. Tandem perducitur ad cicatricem. 3 Rursus levi corporis motu vulneratur; plus sanguinis quam ante decurrit. Albescit ipse atque absumptis viribus tenuatur, et tunc quidem rivus cruoris inhibetur. 4 Incipit vulnus non sentire medicinam; proxima quaeque cancer invadit et quanto magis circumsecatur, latius saevit. Quanto curatur, increscit.

cessere magistri.
Phillyrides Chiron Amythaoniusque Melampus.

Undique medici nobiles trahuntur; nihil humanae manus promovent. 5 Confugitur ad idola: Apollo et Asclepius orantur, remedium flagitatur. Dat Apollo curam; malum multo peius augetur. 6 Iam non longe pernicies aberat et inferiora omnia corripuerat. Conputrescunt forinsecus viscera et in tabem sedes tota dilabitur. Non desinunt tamen infelices medici vel sine spe vincendi mali fovere curare. 7 Repercussum medullis malum recidit introrsus et interna comprehendit, vermes intus creantur. Odor it non modo per palatium, sed totam civitatem pervadit. Nec mirum, cum iam confusi essent exitus stercoris et urinae. 8 Comestur a vermibus et in putredinem corpus cum intolerandis dorolibus solvitur.

Clamores simul horrendos ad sidera tollit,
quales mugitus, fugit cum saucius aram
taurus.

9 Adponebantur ad sedem fluentem cocta et calida animalia, ut vermiculos eliceret calor. Quis resolutis inaestimabile scatebat examen et tamen multo maiorem copiam tabescendorum viscerum pernicies fecunda generaverat. 10 Iam diverso malo partes corporis amiserant speciem. Superior usque ad vulnus aruerat et miserabili macie cutis lurida longe inter ossa consederat, inferior sine ulla pedum forma in utrium modum inflata discreverat. 11 Et haec facta sunt per annum perpe tem, cum tandem malis domitus deum coactus est confiteri. Novi doloris urgentis per intervalla exclamat se restituturum dei templum satisque pro scelere facturum. Et iam deficiens edictum misit huiusmodi:

XXXIV

1 «Inter cetera quae pro rei publicae semper commodis atque utilitate disponimus, nos quidem volueramus antehac iuxta leges veteres et publicam disciplinam Romanorum cuncta corrigere atque id providere, ut etiam Christiani, qui parentum suorum reliquerant sectam, ad bonas mentes redirent, 2 siquidem quadam ratione tanta eosdem Christianos voluntas invasisset et tanta stultitia occupasset, ut non illa veterum instituta sequerentur, quae forsitan primum parentas eorundem constituerant, sed pro arbitrio suo atque ut isdem erat libitum, ita sibimet leges facerent quas observarent, et per diversa varios populos congregarent. 3 Denique cum eiusmodi nostra iussio extitisset, ut ad veterum se instituta conferrent, multi periculo subiugati, multi etiam deturbati sunt. 4 Atque cum plurimi in proposito perseverarent ac videremus nec diis eosdem cultum ac religionem debitam exhibere nec Christianorum deum observare, contemplatione mitissimae nostrae clementiae intuentes et consuetudinem sempiternam, qua solemus cunctis hominibus veniam indulgere, promptissimam in his quoque indulgentiam nostram credidimus porrigendam. Ut denuo sint Chrsitiani et conventicula sua componant, ita ut ne quid contra disciplinam agant. 5 Per aliam autem

epistolam iudicibus significaturi sumus quid debeant observare. Unde iuxta hanc indulgentiam nostram debebunt deum suum orare pro salute nostra et rei publicae ac sua, ut undique versum res publica praestetur incolumis et securi vivere in sedibus suis possint.»

XXXV

1 Hoc edictum proponitur Nicomediae pridie Kalendas Maias ipso octies et Maximino iterum consulibus. 2 Tunc apertis carceribus, Donate carissime, cum ceteris confessoribus e custodia liberatus es, cum tibi carcer sex annis pro domicilio fuerit.3 Nec tamen ille hoc facto veniam sceleris accepit a deo, sed post dies paucos commendatis Licinio coniuge sua et filio atque in manum traditis, cum iam totius corporis membra diffluerent, horrenda tabe consumptus est. 4 Idque cognitum Nicomediae medio mensis eiusdem, cum futura essent vicennalia Kalendis Martiis impendentibus.

XXXVI

1 Quo nuntio Maximinus audito dispositis ab Oriente cursibus pervolavit, ut provincias occupa ret ac Licinio morante omnia sibi usque ad fretum Chalcedonium vindicaret, ingressusque Bithyniam, quo sibi ad praesens favorem conciliaret, cum magna omnium laetitia sustulit censum. 2 Discordia inter ambos imperatores ac paene bellum. Diversas ripas armati tenebant, sed condicionibus certis pax et amicitia componitur et in ipso fretu foedus fit ac dexterae copulantur. 3 Redit ille securus et fit qualis in Syria et in Aegypto fuit. Imprimis indulgentiam Christianis communi titulo datam tollit, subornatis legationibus civitatum quae peterent, ne intra civitates suas Christianis conventicula extruere liceret, ut suasu coactus et impulsus facere videretur quod erat sponte facturus. 4 Quibus annuens novo more sacerdotes maximos per singulas civitates singulos ex primoribus fecit, qui et sacrificia per omnes deos suos cotidie facerent et veterum sacerdotum ministerio subnixi darent operam, ut Christiani neque conventicula fabricarent neque publi ce aut privatim coirent, sed comprehensos suo iure ad sacrificia cogerent vel iudicibus offerrent. 5 Parumque hoc fuit, nisi etiam provinciis ex altiore dignitatis gradu singulos quasi pontifices superponeret, et eos utrosque candidis clamidibus ornatos iussit incedere. 6 Facere autem para bat quae iam dudum in Orientis partibus fecerat. Nam cum clementiam specie tenus profiteretur, occidi servos dei vetuit, debilitari iussit. 7 Itaque confessoribus effodiebantur oculi, amputaban tur manus, pedes detruncabantur, nares vel auriculae desecabantur.

XXXVII

1 Haec ille moliens Constantini litteris deterretur, dissimulavit ergo, et tamen si quis in manus eius inciderat, mari occulte mergebantur. Consuetudinem quoque suam non intermisit ut in palatio per singulos dies sacrificaretur. 2 Et hoc primus invenerat, ut animalia omnia quibus vescebatur, non a coquis, sed a sacerdotibus ad aras immolarentur nihilque prorsus mensae adponeretur nisi aut delibatum aut sacrificatum aut perfusum mero, ut quisquis ad cenam vocatus esset, inquinatus inde atque impurus exiret. 3 In ceteris quoque magistri sui similis, nam si quid reliqui vel Diocles vel Maximianus reliquerant, hic abrasit sine ullo pudore auferens omnia. 4 Itaque horrea privatorum claudebantur, apothecae obsignabantur, debita in futuros annos exigebantur. Hinc fames agris ferentibus, hinc caritas inaudita. 5 Armentorum ac pecorum greges ex agris rapiebantur ad sacrificia cotidiana, quibus suos adeo corruperat, ut aspernarentur annonam. Et effundebat passim sine delectu, sine modo, cum satellites universos, quorum numerus ingens erat, pretiosis vestibus et aureis nummis expungeret, gregariis et tironibus argentum daret, barbaros omni genere largitionis honoraret. 6 Nam quod viventium bona vel auferebat vel dono suis dabat, ut quisque petierat aliena,

nescio an agendas illi fuisse gratias putem, quod more clementium latronum incruenta spolia detrahebat.

XXXVIII

1 Illud vero capitale et supra omnes qui fuerunt, corrumpendi cupiditas! Quid dicam nescio nisi caecam et effrenatam, et tamen his verbis exprimi res pro indignatione sua non potest: vicit officium linguae sceleris magnitudo. 2 Eunuchi leones scrutabantur omnia. Ubicumque liberalior facies erat, secedendum patribus ac maritis fuit. Detrahebantur nobilibus feminis vestes itemque virginibus et per singulos artus inspiciebantur, ne qua pars corporis regio cubili esset indigna. Si qua detractaverat, in aqua necabatur, tamquam maiestatis crimen esset sub illo adultero pudicitia. 3 Aliqui constupratis uxoribus, quas ob castitatem ac fidem carissimas habebant, cum dolorem ferre non possent, se ipsos etiam necaverunt. Sub hoc monstro pudicitiae integritas nulla, nisi ubi barbaram libidinem deformitas insignis arcebat. 4 Postremo hunc iam induxerat morem, ut nemo uxorem sine permissu eius duceret, ut ipse in omnibus nuptiis praegustator esset. 5 Ingenuas virgines imminutas servis suis donabat uxores. Sed et comites eius sub tali principe imitabantur stupra et hospitum suorum cubilia impune violabant: quis enim vindicaret? Mediocrium filias, ut cuique libuerat, rapiebat. Primariae, quae rapi non poterant, in beneficiis petebantur, nec recu sare licebat subscribente imperatore, quin aut pereundum esset aut habendus gener aliquis bar barus. 6 Nam fere nullus stipator in latere ei nisi ex gente eorum qui a Gothis tempore vicennali um terris suis pulsi Maximiano se tradiderant malo generis humani, ut illi barbarum servitutem fugientes in Romanos dominarentur. 7 His satellitibus et protectoribus cinctus Orientem ludibrio habuit.

XXXIX

1 Denique cum libidinibus suis hanc legem dedisset, ut fas putaret quicquid concupisset, ne ab Augusta quidem, quam nuper appellaverat matrem, potuit temperare. 2 Venerat post obitum Maximiani ad eum Valeria, cum se putaret in partibus eius tutius moraturam eo maxime, quod habebat uxorem. 3 Sed animal nefarium protinus inardescit. Adhuc in atris vestibus erat mulier nondum luctus tempore impleto, legatis praemissis in matrimonio postulat eiecturus uxorem. Si impetrasset, respondit illa libere quae sola poterat: 4 primo non posse de nuptiis in illo ferali habitu agere tepidus adhuc cineribus mariti sui, patris eius; deinde illum impie facere, quod sibi fidam coniugem repudiet, idem utique facturus et sibi; postremo nefas esse illius nominis ac loci feminam sine more, sine exemplo maritum alterum experiri. 5 Nuntiatur homini quid esset ausa. Libido in iram furoremque convertitur. Statim mulierem proscribit, bona eius rapit, aufert comites, spadones in tormentis necat, ipsam cum matre in exilium relegat nec in locum certum, sed huc atque illuc praecipitem cum ludibrio exturbat et amicas eious afficto adulterio damnat.

XL

1 Erat clarissima femina, cui ex filiis iuvenibus iam nepotes erant. Hanc Valeria tamquam ma trem alteram diligebat; cuius consilio negatam sibi suspicatur. Dat negotium praesidi Ý Erati neoÝ, ut eam cum dedecore interficiat. 2 Huic aliae duae adiunguntur aeque nobiles, quarum altera filiam virginem Vestalem Romae reliquerat, furtivae tunc Valeriae familiaris, altera virum habuit senatorem, non nimis Augustae proxima. Sed utraque ob eximiam pulchritudinem corporis ac pudicitiam necabantur. 3 Rapiuntur subito mulieres non ad iudicium, sed ad latrocinium; nec enim quisquam accusator extabat, invenitur quidam Iudaeus ob alia facinora reus, qui spe impunitatis inductus adversus insontes mentiatur. Iudex aequus et diligens extra civitatem eum cum praesidio, ne lapidibus obruatur, producit. Agebatur haec tragoedia Nicaeae. 4 Inrogantur tor menta Iudaeo, dicit quae iussus fuerat; illae ne obloquerentur, pugnis a tortioribus coercentur. Innocentes duci

iubentur. Fletus et comploratio non illius tantum mariti qui aderat bene meritae uxori, sed omnium quos res indigna et inaudita contraxerat. 5 Ac ne impetu populi de carnificum manibus raperentur, promoti militari modo instructi, clibanarii, sagittarii prosequuntur. Ita mediae inter cuneos armatorum ad supplicium deductae. 6 Iacuissentque insepultae domesticis in fugam versis, nisi eas furtiva amicorum misericordia sepelisset. Nec adultero impunitas promissa persolvitur, sed patibulo adfixus aperit omne mysterium et sub extremo spiritu inquit omnibus qui videbant, innocentes occisas esse testatur.

XLI

1 Augusta vero in desertas quasdam Syriae solitudines relegata patrem suum Diocletianum per occultos nuntios gnarum calamitatis suae fecit. 2 Mittit ille legatos et rogat, ut ad se filiam remittat; nihil proficit. Iterum ac saepius obsecrat; non remittitur. 3 Postremo cognatum suum quendam, miltarem ac potentem virum, legat, qui eum beneficiorum suorum admonitum deprecetur. Is quoque imperfecta legatione irritas preces renuntiat.

XLII

1 Eodemque tempore senis Maximiani statuae Constantini iussu revellebantur et imagines ubicumque pictus esset, detrahebantur. Et quia senes ambo simul plerumque picti erant et imagines simul deponebantur amborum. 2 Itaque Diocletianus cum videret vivus quod nulli um quam imperatorum acciderat, duplici aegritudine adfectus moriendum sibi esse decrevit. Iactabat se huc atque illuc aestuante anima per dolorem nec somnum nec cibum capiens. Suspiria et gemitus, crebrae lacrimae, iugis volutatio corporis, nunc in lecto, nunc humi. 3 Ita viginti annorum felicissimus imperator ad humilem vitam deiectus a deo et proculcatus iniuriis atque in odium vitae deductus postremo fame atque angore confectus est.

XLIII

1 Unus iam supererat de adversariis dei Maximinus: cius nunc exitum ruinamque subnectam. Cum haberet aemulationem adversus Licinium, quia praelatus ei a Maximiano fuerat, licet nuper cum eo amicitiam confirmasset. Tamen ut audivit Constantini sororem Licinio esse desponsam, existimavit affinitatem illam duorum imperatorum contra se copulari. 3 Et ipse legatos ad urbem misit occulte societatem Maxentii atque amicitiam postulatum. Scribit etiam familiariter. Recipiuntur legati benigne; fit amicitia, utriusque imagines simul locantur. 4 Maxentius tamquam divi num auxilium libenter amplectitur; iam enim bellum Constantino indixerat quasi necem patris sui vindicaturus. 5 Unde suspicio inciderat senem illum exitiabilem finxisse discordiam cum filio, ut ad alios succidendos viam sibi faceret, quibus omnibus sublatis sibi ac filio totius orbis imperium vindicaret. 6 Sed id falsum fuit. Nam id propositi habebat, ut et filio et ceteris extinctis se ac Diocletianum restitueret in regnum.

XLIV

1 Iam mota inter eos fuerant arma civilia. Et quamvis se Maxentius Romae contineret, quod responsum acceperat periturum esse, si extra portas urbis exisset, tamen bellum per idoneos duces gerebatur. 2 Plus virium Maxentio erat, quod et patris sui exercitum receperat a Severo et suum proprium de Mauris atque Gaetulis nuper extraxerat. 3 Dimicatum, et Maxentiani milites praevalebant, donec postea confirmato animo Constantinus et ad utrumque paratus copias omnes ad urbem propius admovit et a regione pontis Mulvii consedit. 4 Imminebat dies quo Maxentius

imperium ceperat, qui est a.d. sextum Kalendas Novembres, et quinquennalia terminabantur. 5 Commonitus est in quiete Constantinus, ut caeleste signum dei notaret in scutis atque ita proelium committeret. Facit ut iussus est et transversa X littera, summo capite circumflexo, Christum in scutis notat. Quo signo armatus exercitus capit ferrum. Procedit hostis obviam sine imperatore pontemque transgreditur, acies pari fronte concurrunt, summa vi utrimque pugnatur:

Neque his fuga nota neque illis.

7 Fit in urbe seditio et dux increpitatur velut desertor salutis publicae cumque conspiceretur, repente populus —circenses enim natali suo edebat— una voce subclamat Constantinum vinci non posse. 8 Qua voce consternatus proripit se ac vocatis quibusdam senatoribus libros Sibyllinos inspici iubet, in quibus repertum est illo die hostem Romanorum esse periturum. 9 Quo responso in spem victoriae inductus procedit, in aciem venit. Pons a tergo eius scinditur. Eo viso pugna crudescit et manus dei supererat aciei. Maxentianus proterretur, ipse in fugam versus properat ad pontem, qui interruptus erat, ac multitudine fugientium pressus in Tiberim deturbatur. 10 Confecto tandem acerbissimo bello cum magna senatus populique Romani laetitia susceptus imperator Constantinus Maximini perfidiam cognoscit, litteras deprehendit, statuas et imagines invenit. 11 Senatus Constantino virtutis gratia primi nominis titulum decrevit, quem sibi Maximinus vindicabat: ad quem victoria liberatae urbis cum fuisset adlata, non aliter accepit, quam si ipse victus esset. 12 Cognito deinde senatus decreto sic exarsit dolore, ut inimicitias aperte profiteretur, convicia iocis mixta adversus imperatorem maximum diceret.

XLV

1 Constantinus rebus in urbe compositis hieme proxima Mediolanum concessit. Eodem Licinius advenit, ut acciperet uxorem. 2 Maximinus ubi eos intellexit nuptiarum sollemnibus occupatos, exercitum movit e Syria hieme quam cum maxime saeviente et mansionibus geminatis in Bithyniam concurrit debilitato agmine. 3 Nam maximis imbribus et nivibus et luto et frigore et labore iumenta omnis generis amissa sunt, quorum miserabilis per viam strages speciem iam futuri belli et similem cladem militibus nuntiabat. 4 Nec ipse intra fines suos moratus est, sed transiecto protinus freto ad Byzantii portas accessit armatus. Erant ibi milites praesidiarii, ad huius modi casus a Licinio conlocati. Hos primum muneribus et promissis inlicere temptavit, postea vi et oppugnatione terrere, nec tamen quicquam vis aut promissa valuerunt. 5 Iam consumpti erant dies undecim, per quos fuit spatium nuntios litterasque mittendi ad imperatorem, cum milites non fide, sed paucitate diffisi se ipsos dederunt. Hinc promovit Heracliam et illic eadem ratione detentus aliquot dierum tempus amisit. 6 Et iam Licinius festinato itinere cum paucis Hadrianopolim venerat, cum ille accepta et deditionem Perintho aliquantum moratus processit ad mansionem milia decem et octo; nec enim poterat ulterius, Licinio iam secundam mansionem tenente distantem milibus totidem. 7 Qui collectis ex proximo quantis potuit militibus pergebat obviam Maximino, magis ut eum moraretur quam proposito dimicandi aut spe victoriae, quippe cum ille septuaginta milium armatorum exercitum duceret, ipse vix triginta milium numerum collegisset. Sparsi enim milites per diversas regiones fuerant ad adunari omnes angustiae temporis non sinebant.

XLVI

1 Propinquantibus ergo exercitibus iam futurum propediem proelium videbatur. 2 Tum Maxi minus eiusmodi votum Iovi vovit, ut si victoriam cepisset, Christianorum nomen extingueret funditusque deleret. 3 Tunc proxima nocte Licinio quiescenti adsistit angelus dei monens, ut ocius surgeret atque oraret deum summum cum omni exercitu suo; illius fore victoriam, si fecisset. 4 Post has voces cum surgere sibi visus esset et cum ipse qui monebat adstaret, tunc docebat eum, quomodo et quibus verbis esset orandum. 5 Discusso deinde somno notarium iussit acciri et sicut

audierat, haec verba dictavit: »Summe deus, te rogamus, sancte deus, te rogamus. Omnem iustitiam tibi commendamus, salutem nostram tibi commendamus, imperium nostrum tibi commendamus. Per te vivimus, per te victores et felices existimus. Summe, sancte deus, preces nostras exaudi; bracchia nostra ad te tendimus, exaudi sancte, summe deus.» 7 Scribuntur haec in libellis pluribus et per praepositos tribunosquue mittuntur, ut suos quisque milites doceat. Crevit animus universis victoriam sibi credentibus de caelo nuntiatam. 8 Statuit imperator proelium diei Kalendarum Maiarum, quae octavum annum nuncupationis eius implebant, ut suo potissimum natali vinceretur, sicut ille victus est Romae. 9 Maximinus voluit praeire maturius; pridie mane aciem composuit, ut natalem suum postridie victor celebraret. Nuntiatur in castra movisse Maximinum. Capiunt milites arma obviamque procedunt. Campus intererat sterilis ac nudus, quem vocant Ergenum. 10 Erat iam utraque acies in conspectu. Liciniani scuta deponunt, galeas resolvunt, ad caelum manus tendunt praeeuntibus praepositis et pro imperatore precem dicunt. Audit acies peritura precantium murmur. 11 Illi oratione ter dicta virtute iam pleni reponunt capitibus galeas, scuta tollunt. Procedunt imperatores ad conloquium. 12 Ferri non potuit Maxi minus ad pacem: contemnebat enim Licinium ac desertum iri a militibus existimabat, quod ille esset in largiendo tenax, ipse autem profusus, eoque proposito moverat bellum, ut exercitu Licinii sine certamine accepto ad Constantinum duplicatis viribus statim pergeret.

XLVII

1 Ergo propius acceditur, tubae canunt, signa procedunt. Liciniani impetu facto adversarios invadunt. Illi vero perterriti nec gladios expedire nec tela iacere quiverunt. 2 Maximinus aciem circumire ac milites Licinianos nunc precibus sollicitare, nunc donis. Nullo loco auditur. Fit impetus in eum et ad suos refugit. Caedebatur acies eius impune et tantus numerus legionum, tanta vis militum a paucis metebatur. 3 Nemo nominis, nemo virtutis, nemo veterum praemiorum memor; quasi ad devotam mortem, non ad proelium venissent, sic eos deus summus iugulandos subiecit inimicis. Iam strata erat ingens multitudo. 4 Videt Maximinus aliter rem geri quam putabat. Proiecit purpuram et sumpta veste servili fugit ac fretum traiecit. At in exercitu pars dimidia prostrata est, pars autem vel dedita vel in fugam est conversa est; ademerat enim pudorem deserendi desertor imperator. 5 At ille Kalendis Mais, id est una nocte atque una die, Nicomediam alia nocte pervenit, cum locus proelii abesset milia centum sexaginta, raptisque filiis et uxore et paucis ex palatio comitibus petivit Orientem. 6 Sed in Cappadocia collectis ex fuga et ab Oriente militibus substitit. Ita vestem resumpsit.

XLVIII

1 Licinius vero accepta exercitus parte ac distributa traiecit exercitum in Bithyniam paucis post pugnam diebus et Nicomediam ingressus gratiam deo, cuius auxilio vicerat, retulit ac die Iduum Iuniarum Constantino atque ipso ter consulibus de resituenda ecclesia huius modi litteras ad praesidem datas proponi iussit:

2 «Cum feliciter tam ego quam Constantinus Augustus quam etiam ego Licinius Augustus apud Mediolanum convenissemus atque universa quae ad commoda et securitatem publicam pertinerent, in tractatu haberemus, haec inter cetera quae videbamus pluribus hominibus profutura, vel in primis ordinanda esse credidimus, quibus divinitatis reverentia continebatur, ut daremus et Christianis et omnibus liberam potestatem sequendi religionem quam quisque voluisset, quod quicquid est divinitatis in sede caelesti nobis atque omnibus qui sub potestate nostra sunt constituti, placatum ac propitium possit existere. 3 Itaque hoc consilium salubri ac recticissima ratione ineundum esse credidimus, ut nulli omnino facultatem abnegendam putaremus, qui vel observationi Christianorum vel ei religioni mentem suam dederet quam ipse sibi aptissimam esse sentiret, ut possit nobis summa divinitas, cuius religioni liberis mentibus obsequimur, in omnibus solitum

favorem suum benivolentiamque praestare. 4 Quare scire dicationem tuam convenit placuisse nobis, ut amotis omnibus omnino condicionibus quae prius scriptis ad officium tuum datis super Christianorum nomine continebantur, et quae prorsus sinistra et a nostra clementia aliena esse videbantur, ea removeantur. Et nunc libere ac simpliciter unus quisque eorum, qui eandem observandae religionis Christianorum gerunt voluntatem citram ullam inquietudinem ac molestiam sui id ipsum observare contendant. 5 Quae sollicitudini tuae plenissime significanda esse credidimus, quo scires nos liberam atque absolutam colendae religionis suae facultatem isdem Christianis dedisse. 6 Quod cum isdem a nobis indultum esse pervideas, intellegit dicatio tua etiam aliis religionis suae vel observantiae potestatem similiter apertam et liberam pro quiete temporis nostri esse concessam, ut in colendo quod quisque delegerit, habeat liberam facultatem. Quod a nobis factum est ut neque cuiquam honori neque cuiquam religioni detractum aliquid a nobis videatur. 7 Atque hoc insuper in persona Christianorum statuendum esse censuimus, quod, si eadem loca, ad quae antea convenire consuerant, de quibus etiam datis ad officium tuum litteris certa antehac forma fuerat comprehensa, priore tempore aliqui vel a fisco nostro vel ab alio quocumque videntur esse mercati, eadem Christianis sine pecunia et sine ulla pretii petitione, postposita omni frustratione atque ambiguitate restituant; qui etiam dono fuerunt consecuti, eadem similiter isdem Christianis quantocius reddant; etiam vel hi qui emerunt vel qui dono fuerunt consecuti, si petiverint de nostra benivolentia aliquid, vicarium postulent, quo et ipsis per nostram clementiam consulatur. Quae omnia corpori Christianorum protinus per intercessionem tuam ac sine mora tradi oportebit. 9 Et quoniam idem Christiani non in ea loca tantum ad quae convenire consuerunt, sed alia etiam habuisse noscuntur ad ius corporis eorum id est ecclesiarum, non hominum singulorum, pertinentia, ea omnia lege quam superius comprehendimus, citra ullam prorsus ambiguitatem vel controversiam isdem Christianis id est corpori et conventiculis eorum reddi iubebis, supra dicta scilicet ratione servata, ut ii qui eadem sine pretio sicut diximus restituant, indemnitatem de nostra benivolentia sperent. 10 In quibus omnibus supra dicto corpori Christianorum intercessionem tuam efficacissimam exhibere debebis, ut praeceptum nostrum quantocius compleatur, quo etiam in hoc per clementiam nostram quieti publicae consulatur. 11 Hactenus fiet, ut, sicut superius comprehensum est, divinus iuxta nos favor, quem in tantis sumus rebus experti, per omne tempus prospere successibus nostris cum beatitudine publica perseveret. 12 Ut autem huius sanctionis et benivolentiae nostrae forma ad omnium possit pervenire notitiam, prolata programmate tuo haec scripta et ubique proponere et ad omnium scientiam te perferre conveniet, ut huius nostrae benivolentiae nostrae sanctio latere non possit.»

13 His litteris propositis etiam verbo hortatus est, ut conventicula in statum pristinum redderentur. Sic ab eversa ecclesia usque ad restitutam fuerunt anni decem, menses plus minus quattuor.

XLVIX

1 Sequenti autem Licinio cum exercitu tyrannum profugus concessit et rursus Tauri montis angustias petiit. Munimentis ibidem ac turribus fabricatis iter obstruere conatus est et inde detrusus perrumpentibus omnia victoribus Tarsum postremo confugit. 2 Ibi cum iam terra marique premeretur nec ullum speraret refugium; angore animi ac metu confugit ad mortem quasi ad remedium malorum, quae deus in caput eius ingessit. 3 Sed prius cibo se infersit ac vino ingurgitavit, ut solent ii qui hoc ultimo se facere arbitrantur, et sic hausit venenum. Cuius vis referto stomacho repersussa valere non potuit in praesens, sed in languorem malum versum est pestilentiae similem, ut diutius protracto spiritu cruciamenta sentiret. Iam saevire in eum coeperat virus. 4 Cuius vi cum praecordia eius furerent, insustentabili dolore usque ad rabiem mentis elatus est, adeo ut per dies quattuor insania percitus haustam manibus terram velut esuriens devoraret. 5 Deinde post multos gravesque cruciatus cum caput suum parietibus infligeret, exilierunt oculi eius de caveis; tunc demum, amisso visu, deum videre coepit candidatis ministris de se iudicantem. 6 Exclamabat

ergo sicut ii qui torquentur solent, et non se, sed alios fecisse dicebat. Deinde quasi tormentis adactus fatebatur Christum subinde deprecans et implorans, ut suimet misereretur. 7 Sic inter gemitus quos tamquam cremaretur edebat, nocentem spiritum detestabili genere mortis efflavit.

L

1 Hoc modo deus universos persecutores nominis sui debellavit, ut eorum nec stirps nec radix ulla remaneret. 2 Nam Licinius summa rerum potitus in primis Valeriam, quam Maximinus iratus ne post fugam quidem, cum sibi videret esse pereundum, fuerat ausus occidere, item Candidianum, quem Valeria ex concubina genitum ob sterilitatem adoptaverat, necari iussit. 3 Mulier tamen ut eum vicisse cognovit, mutato habitu comitatui eius se immiscuit, ut fortunam Candidiani specularetur; qui quia Nicomediae se obtulerat et in honore haberi videbatur, nihil tale metuens occisus est. 4 Et illa exitu eius audito protinus fugit. Idem Severi filium Severianum iam aetate robustum, qui fugientem Maximinum fuerat ex acie secutus, tamquam post obitum eius de sumenda purpura cogitasset, capitali sententiae subiectum interemit. 5 Qui omnes Licinium iam pridem quasi malum metuentes, cum lenti Licinio, in omnia Maximiani bona hereditatis iure suo ne cedere, item Maximino negaverat. 6 Ipsius quoque Maximini filium suum maximum agentem iam annos octo et filiam septennem, quae desponsa fuerat Candidiano, extinxit. Sed prius mater eorum in Orontem praecipitata est; ibi saepe illa castas feminas mergi iusserat. 7 Sic omnes impii vero et iusto iudicio dei eadem quae fecerunt, receperunt.

LI

1 Valeria quoque per varias provincias quindecim mensibus plebeio cultu pervagata postremo apud Thessalonicam cognita, comprehensa cum matre poenas dedit. 2 Ductae igitur mulieres cum ingenti spectaculo et miseratione tanti casus ad supplicium, et amputatis capitibus corpora earum in mare abiecta sunt. Ita illis pudicitia et condicio exitio fuit.

LII

1 Quae omnia secundum fidem —scienti enim loquor— ita ut gesta sunt mandanda litteris credi di, ne autem memoria tantarum rerum interiret aut si quis historiam scribere voluisset, non corrumperet veritatem vel peccata illorum adversus deum vel iudicium dei adversus illos reticendo. 2 Cuius aeternae pietati gratias agere debemus, qui tandem respexit in terram, quod gregem suum partim vastatum a lupis rapacibus partim vero dispersum reficere ac recolligere dignatus est et bestias malas extirpare, quae divini gregis pascua protriverant, cubilia dissipaverant. 3 Ubi sunt modo magnifica illa et clara per gentes Ioviorum et Herculiorum cognomina. Quae primum a Dioclete ac Maximiano insolenter adsumpta ac postmodum ad successores eorum translata vigerunt? Nempe delevit ea dominus et erasit de terra. 4 Celebremus igitur triumphum dei cum ex ultatione, victoriam domini cum laudibus frequentemus, diurnis nocturnisque precibus celebre mus, ut pacem post annos decem plebi suae datam confirmet in saeculum. Tu praecipue, Donate carissime, qui a deo mereris audiri, dominum deprecare, ut misericordiam suam servet etiam famulis suis propitius ac mitis, ut omnes insidias atque impetus diaboli a populo suo arceat, ut florescentis ecclesiae perpetuam quietem custodiat.

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanesa del siglo XVII*
517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*

490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*

440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri “Pasionaria”, *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l’Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*

340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*

290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)

240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*

190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*

140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*

90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*

40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)